



Universidad
Zaragoza

Trabajo Fin de Grado

EL “SAP” COMO EXPRESIÓN PSEUDO-LEGAL DE
LA VIOLENCIA DE GÉNERO

"PAS" AS A PSEUDO-LEGAL EXPRESSION OF GENDER
VIOLENCE

Autor

Ángela Neves Viñarás

Director

Daniel Jiménez Franco

Facultad de Ciencias Sociales y del Trabajo
2021

RESUMEN

Desde hace dos décadas se ha dado en España un fenómeno de cambio de custodia de menores por vía judicial al amparo del llamado "Síndrome de Alienación Parental" (SAP). Según su creador, el psiquiatra Richard Gardner, se trata de una patología que padece el/la menor a consecuencia del lavado de cerebro por parte de uno sus progenitores (generalmente la madre), con el objetivo de que el menor rechace a su otro progenitor.

El supuesto síndrome no ha sido reconocido por ningún organismo científico, ni se incluye en ninguno de los dos principales sistemas diagnósticos de salud mental, como son el DSM-V y el CIE-10. Pero lo más grave no es su falta de cientificidad demostrada, sino la ideología que subyace tras el mismo, y las desgraciadas consecuencias que produce en los derechos de las mujeres y de la infancia, perpetuando la violencia de género y el abuso sexual infantil.

PALABRAS CLAVE

Síndrome de alienación parental (SAP), violencia de género, abuso sexual infantil, custodia, sistema judicial.

ABSTRACT

For the last two decades in Spain there has been a phenomenon of child custody changes by judicial means under the protection of the so-called "Parental Alienation Syndrome" (SAP). According to its creator, the psychiatrist Richard Gardner, it is a pathology suffered by the child as a result of brainwashing by one of the parents (generally the mother), with the aim of making the child reject the other parent.

The alleged syndrome has not been recognised by any scientific body, nor is it included in either of the two main mental health diagnostic systems, such as the DSM-V and ICD-10. But what is most serious is not its lack of proven scientific evidence, but the ideology behind it, and the unfortunate consequences it has on women's and children's rights, perpetuating gender-based violence and child sexual abuse.

KEY WORDS

Parental alienation syndrome (PAS), gender violence, child sexual abuse, custody, judicial system.

ÍNDICE

1.	INTRODUCCIÓN	3
2.	METODOLOGÍA Y ESTRUCTURA DEL TRABAJO	4
3.	MARCO TEÓRICO Y CLAVES CONCEPTUALES DE LA VIOLENCIA DE GÉNERO	5
3.1.	EL CICLO DE LA VIOLENCIA DE GÉNERO	10
3.2.	VICTIMIZACIÓN.....	10
4.	LOS NIÑOS-AS COMO VÍCTIMAS DE LA VIOLENCIA DE GÉNERO	11
4.1.	LOS HOMBRES AGRESORES COMO PADRES.....	12
4.2.	LA RELACIÓN PATERNO-FILIAL TRAS LA SEPARACIÓN: CUSTODIA Y REGULACIÓN DEL RÉGIMEN DE VISITAS.....	13
5.	SÍNDROME DE ALIENACIÓN PARENTAL (SAP)	15
5.1.	DEFINICIONES Y ORÍGENES DEL TÉRMINO	15
5.2.	DESCRIPCIÓN Y ANÁLISIS DEL FENÓMENO DEL “SAP”	17
5.2.1.	CUESTIONES DE ORDEN MÉDICO/PSIQUIÁTRICO/PSICOLÓGICO.....	17
5.2.2.	EL “SAP” EN EL SISTEMA JUDICIAL.....	25
5.2.3.	IDEOLOGÍA SUBYACENTE.....	26
6.	CONCLUSIONES.....	30
7.	BIBLIOGRAFÍA	32

1. INTRODUCCIÓN

La violencia de género es tan antigua como la presencia del patriarcado en los distintos órdenes sociales a lo largo de la historia. Su definición y reconocimiento legal como tal es mucho más reciente. Hoy en día se reconoce como un problema universal de primer orden. Sin embargo, tiene una larga historia de negación y minimización que ha durado siglos en nuestra sociedad a través de discursos que han intentado invisibilizarla, naturalizarla, legitimarla...y hoy, discutir su existencia.

Un elevado número de mujeres son asesinadas cada año a manos de sus parejas, pero no debemos olvidar que no son las únicas afectadas por esta lacra: sus hijos e hijas, menores e indefensos, no son solo testigos sino también víctimas directas, que sufren graves consecuencias físicas, psíquicas y emocionales por la exposición a este tipo de violencia. Una vez finalizada la relación entre sus progenitores y conviviendo con su madre, muchos de estos niños-as se ven obligados a seguir manteniendo el contacto con el padre agresor, lo que en ocasiones genera en ellos miedo y ansiedad.

En este contexto, se ha introducido en los últimos tiempos lo que parece ser un nuevo falso mito en torno a la violencia de género: el presunto “Síndrome de Alienación Parental”. Se ha colado en nuestro sistema judicial como un arma contra las mujeres que sufren violencia de género y sus hijos; sacrificando a muchos niños y niñas y desacreditando a muchas madres que intentan protegerles.

A pesar de que las más altas autoridades médicas nacionales e internacionales han desechado la validez científica del llamado “SAP”, continúa “candente en la sociedad”, ya sea mediante el término de “SAP”, u otras variantes o eufemismos. Se menciona en distintos medios de comunicación, no siempre con información verídica y contrastada, con la mejor intención ni necesaria claridad.

Resulta interesante considerar cómo el sistema patriarcal y sus mandatos perviven y evolucionan a lo largo de diferentes contextos y tiempos socio-históricos, y cómo su influencia puede impregnar decisiones judiciales. En las circunstancias que afectan a la infancia y la adolescencia, la legitimación social del patriarcado radica en que, entre otros motivos, la sociedad sigue permeada por un modelo basado en el adulto centrismo. Prima una lógica de desigualdad en el ejercicio de poder en el caso del hombre sobre la mujer, o los adultos sobre los niños y niñas.

2. METODOLOGÍA Y ESTRUCTURA DEL TRABAJO

Se presenta una revisión bibliográfica que pretende contribuir a destapar la realidad que se esconde tras fenómenos como el llamado “Síndrome de Alienación Parental”, en adelante “SAP”. El presente trabajo busca responder si el mencionado síndrome puede considerarse como tal por parte de la comunidad científica, y posteriormente por el resto de la sociedad. O si, por el contrario, no es más que otra expresión patriarcal que transgrede los derechos de las mujeres, los niños y las niñas.

Para responder a estas hipótesis se ha realizado una investigación cualitativa consistente en una revisión de fuentes secundarias, entre las que se incluyen diferentes publicaciones relevantes en la materia de estudio. Se toman en cuenta varios artículos del creador de la teoría, facilitando fragmentos textuales de su obra para entender su pensamiento, así como algunos de otros autores que compartieron su punto de vista. En contraposición, se toman como referencia los principales estudios que, situándose desde una perspectiva de género y feminista, niegan la existencia del “SAP”, por las desgraciadas y abusivas consecuencias que comporta.

El documento se inicia con un marco teórico de la violencia de género, su origen patriarcal y sus diferentes expresiones. Seguidamente se trata su impacto en los y las menores víctimas, para continuar indagando en la relación paterno-filial tras la separación, en el marco de la regulación de la custodia y el régimen de visitas, contexto donde florece el “SAP”. A continuación, se introduce una conceptualización básica de lo que es el “SAP” desde la teoría de Gardner, para después plantear una revisión crítica de sus componentes y de su trayectoria en el sistema judicial estadounidense y español. Finalmente se presenta la ideología que subyace tras la teoría del supuesto síndrome y las repercusiones que puede provocar en la vida de mujeres y niños/as.

Para una crítica completa de todos estos elementos y teniendo en cuenta que el “SAP” se construye como un constructo psicológico-legal con importantes repercusiones a nivel social, se distinguirá entre diferentes disciplinas o áreas del conocimiento (psiquiatría, psicología, derecho, trabajo social...).

3. MARCO TEÓRICO Y CLAVES CONCEPTUALES DE LA VIOLENCIA DE GÉNERO

Para entender de forma adecuada este concepto comenzaré por su desglose, definiendo brevemente los términos “violencia” y “género” para analizar la relación existente entre ambos, en el marco de un sistema patriarcal.

Violencia

En ocasiones se confunden los vocablos “violencia” y “agresividad”, pero éstos no designan lo mismo. La agresividad es una conducta natural que se manifiesta como consecuencia de ciertos estímulos. La violencia entraña agresividad, pero una agresividad provocada por la presencia de un conjunto de factores socioculturales, que le suprimen el carácter automático y la dotan de una voluntad dañina (Sanmartín, 2007).

De esta forma, la violencia puede entenderse como cualquier acto que busca causar un daño, pues tiene un componente de intencionalidad. La Organización Mundial de la Salud (OMS) la define como:

“El uso deliberado de la fuerza física o el poder, ya sea en grado de amenaza o efectivo, contra uno mismo, otra persona de un grupo o comunidad, que cause o tenga muchas probabilidades de causar lesiones, muerte, daños psicológicos, trastornos del desarrollo o privaciones.” (2002, p.5).

Sin embargo, esta noción de violencia lleva a identificarla únicamente con las formas de violencia directa, fundamentalmente física y entre personas concretas. De esta manera se corre el riesgo de reducir la violencia a hechos aislados, olvidando su posible reincidencia temporal y su complementariedad con otro tipo de comportamientos (Espinar y Mateo, 2007).

Galtung (1990) ofrece una teoría más completa sobre las diferentes manifestaciones de la violencia. La identifica como una privación de los derechos humanos fundamentales, en términos generales, un obstáculo en la búsqueda de la felicidad y prosperidad de las personas. La violencia reduce la satisfacción de las necesidades humanas básicas, clasificadas en cuatro grupos: necesidades de supervivencia, necesidades de bienestar, necesidades identitarias, y necesidades de libertad. En este sentido, el autor habla de tres tipos de violencia que se interrelacionan íntimamente, de modo que unos conducen a otros. Como se decía, el concepto de violencia directa hace referencia a actos o sucesos físicos y/o verbales de determinados individuos, claramente visibles, pero existen otras dos clases de violencia más difíciles de percibir: la estructural y la cultural (Espinar y Mateo, 2007).

La violencia estructural, como sugiere su nombre, se edifica dentro de la estructura social y sus instituciones. Incluye distintas formas de explotación, discriminación, marginación o dominación. Todas designan la existencia de un poder desigual, lo que se traduce en una desigual distribución de recursos y distintas oportunidades de vida para los individuos (Tortosa, 1992 en Espinar y Mateo, 2007). Como expresa el propio Galtung (1990), esta clase de violencia no solo deja marcas en el cuerpo humano sino también en la mente y en el espíritu.

Por último, la violencia cultural puede considerarse una prolongación de la estructural. Es de carácter simbólico, ya que está formada por un conjunto de creencias, razonamientos, actitudes o ideas presentes en una cultura determinada. Hace que la estructural y la directa aparezcan, y yendo más allá, que la población las identifique como válidas. En otras palabras, la cultura hace que la sociedad perciba la explotación o la

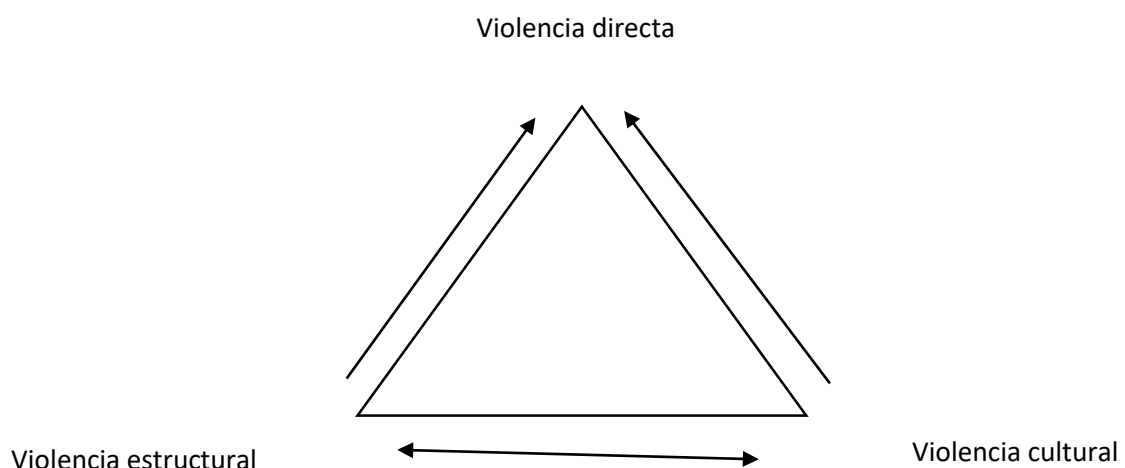
represión como manifestaciones naturales y aceptables, o incluso no llegue a verlas como tales (Galtung, 1990).

Además, Galtung plantea un modelo triangular para representar las relaciones que se establecen entre los tres súper tipos, modelo que permite comprender el concepto de violencia en su totalidad. La imagen de dicho triángulo puede interpretarse de diferente manera según en qué vértice se sitúen los tres tipos de violencia, resultando siete posiciones posibles.

Por ejemplo, si se orienta con la base en el lado que une la violencia estructural con la directa, la violencia cultural se sitúa como la legitimadora de ambas. En cambio, si la violencia directa se coloca en la cima, la estructural y la cultural se verían como las fuentes de la primera, o los pilares que la sostienen (figura 1). Sin embargo, para Magallón que el flujo principal sería “el que va de la violencia cultural a la violencia directa pasando por la estructural” (2005, p. 37).

FIGURA 1

TRIÁNGULO DE LA VIOLENCIA DE GALTUNG (1990)



Fuente: Elaboración propia

Sea cual sea la posición del triángulo, éste refleja los flujos causales que se establecen entre las diferentes formas de violencia, en los que siempre están presentes las nociones de fuerza, autoridad, dominio y poder. Posteriormente veremos como la teoría de Galtung puede aplicarse a la violencia de género.

Como hemos visto la violencia nos remite al concepto de poder. Se manifiesta como una forma de demostrar quién está en posesión del mismo, como mecanismo de control. Por lo tanto, conlleva la existencia de roles complementarios: uno “superior” que disfruta de ese poder o privilegio, y un “subordinado”. El primero utiliza la fuerza (ya sea física, psicológica, económica, política) a fin de oprimir, doblegar y anular al segundo abusando de su poder (Rodríguez, 2003; Cagigas, 2000).

Género

El concepto de género fue desarrollado como categoría analítica por el feminismo de los años 70. Refiere al conjunto de pautas, comportamientos y atributos socioculturales (y no biológicos) que la sociedad asigna a hombres y mujeres (OMS, 2002; Fuentes, 2002).

Las palabras “género” y “sexo” suelen utilizarse indistintamente de forma incorrecta. El sexo alude a aspectos físicos y anatómicos y se delimita biológicamente, mientras que el género es un constructo socio-cultural que se edifica sobre el sexo pero no siempre coincide con éste (Palos, 2019). En otras palabras, el género no se encuentra directamente definido por el sexo.

Normalmente los individuos asimilan su género en función del sexo con el que nacen. A este proceso se le conoce como “socialización de género”, en el que hombres y mujeres interiorizamos roles distintos de acuerdo con las expectativas sociales, como consecuencia del patriarcado (Palos, 2019). A este respecto, Galtung (1990) sostiene que la socialización de un niño/a, a través de diferentes instituciones como la familia o la escuela y de la sociedad en general; es forzada y violenta, porque le son impuestas determinadas creencias y formas de comportamiento, arrebatándole su libertad de elección. Esta podría considerarse la primera manifestación de la violencia patriarcal.

Violencia de género

El patriarcado es una forma de organización política, económica y social que surge de la toma de autoridad histórica de los hombres sobre las mujeres, provocando una relación de desigualdad entre ambos, y colocando a estas en una posición de sumisión y opresión (Cagigas, 2000; Reguant, 2007 en Calvo, 2014).

Cagigas nos habla de la opresión que caracteriza a la sociedad: “todas las estructuras, instituciones y personas dominamos o somos dominadas, en función de la raza, la clase social, la religión, la edad o el sexo” (2000, p. 307). La socióloga sitúa al patriarcado como la primera estructura de dominación de la historia, y también como la más opresora. A día de hoy continúa instalado en nuestra cultura de forma dominante, a pesar de que es difícil percibirlo como tal.

Dicha dificultad radica en que el patriarcado rodea todas las esferas de la vida humana y se cruza y realimenta con otras formas de opresión. Se manifiesta en el lenguaje o las normas entre otros, como instrumentos para instaurar una jerarquía social asentada en el género. Los hombres, por el dominio que les brinda la tradición, las leyes, el lenguaje, las costumbres, o la división del trabajo, son quienes deciden los roles que hombres y mujeres pueden o no desempeñar (Calvo, 2014).

De ahí que sea el sexo masculino el que ocupa eminentemente los puestos de poder, tanto en empresas, como en la política, y también en el contexto del hogar. Mientras que a las mujeres nos han sido asignados espacios físicos y simbólicos que no hemos elegido, y que nos mantienen lejos de ese poder o reconocimiento.

En este contexto de desigualdad y diferenciación de roles es donde tiene origen la violencia de género. La superioridad que ostenta el hombre le hace tener una serie de expectativas de obediencia en la mujer, que cuando no se cumplen, generan en muchos casos una situación de violencia (Cagigas, 2000).

En definitiva, los estereotipos de género en los que se atribuye más valor a lo masculino que a lo femenino favorecen la aparición de la última consecuencia de la desigualdad entre ambos, la violencia de género. Que

a su vez opera como un mecanismo de control y opresión, y como instrumento que redefine las relaciones asimétricas y desiguales entre hombres y mujeres. (Rodríguez, 2003; Rubio, 2001; Expósito, 2011).

Entendemos así que la violencia de género es el uso de la violencia contra las mujeres por el hecho de serlo. Así se define en la Declaración sobre la Eliminación de la Violencia contra la Mujer emitida por las Naciones Unidas (1993):

“Todo acto de violencia basado en la pertenencia al sexo femenino, que tenga o pueda tener como resultado un daño físico, sexual o psicológico para la mujer, así como las amenazas de tales actos, la coacción y la privación arbitraria de la libertad, tanto si se producen en la vida pública como en la vida privada.”

Es gracias a iniciativas como esta declaración de las Naciones Unidas por las que el término “violencia de género” empieza a emplearse y visibilizarse. Hasta entonces era más común hablar de “violencia doméstica”, o “violencia intrafamiliar”. Conceptos que ciertos sectores de nuestra sociedad todavía pretenden seguir utilizando en lugar del de “violencia de género”, y que desde luego no designan la misma problemática.

El concepto de violencia doméstica (o violencia intrafamiliar) es inadecuado para hablar de violencia machista, puesto que únicamente nos informa del contexto en que se produce dicha violencia. Pero no hace ninguna referencia a quién es la víctima, el agresor, o cuál es el objetivo y causa de esta violencia (De la Peña, 2007), ni a su dimensión estructural y cultural. El hogar es solamente uno de los escenarios en los que puede darse violencia de género, pero solo uno más (Sanmartín, 2007, p.13). En síntesis, la violencia doméstica o la intrafamiliar apuntan a la familia como sujetos de referencia, mientras que la violencia de género apunta a la mujer como víctima, precisamente por su condición de mujer.

A este respecto, en nuestro país, es fundamental la Ley Orgánica 1/2004, de 28 de diciembre, de Medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género. Esta norma introduce la perspectiva de género, y concede a este fenómeno un tratamiento individualizado, reconociéndolo como un tipo específico de violencia, estructural y asociado directamente al sexo de la víctima (Prieto, 2016; Palos, 2019).

Retomando la teoría de Galtung (1990), la violencia de género no implica únicamente actos claros de violencia directa, también engloba formas más complejas de violencia estructural y cultural. De hecho, las propias estructuras patriarcales y la ideología machista son en sí mismas formas de violencia de género; y son también la base, explicación y justificación de diferentes manifestaciones de violencia directa (Espinar y Mateo, 2007).

La violencia directa contra las mujeres es evidente, y se encuentra presente en la conciencia colectiva de nuestra sociedad. Atenta contra las necesidades de supervivencia, con manifestaciones como el asesinato de muchas mujeres; o contra las de bienestar, a través del maltrato, el desprecio, o el acoso. También existen formas de negación de sus necesidades identitarias, tales como la exigencia de entrar en el modelo estereotipado de mujer; y finalmente contra la necesidad de libertad, negándoles derechos y disminuyendo sus opciones de vida. La violencia directa normalmente se asocia a sucesos ocasionales, sin embargo, para las mujeres es como una forma de vida en la que se encuentran sumergidas.

En cuanto a la violencia estructural, Galtung comenta que se caracteriza principalmente por la explotación. Según Magallón (2005) si atendemos a la violencia de género, es más apropiado el concepto de

“dominación”. Esta clase de violencia proviene del lugar que ocupa el género femenino en el orden económico y de poder hegemónicos. Se presenta con la discriminación salarial; también con el hecho de que los puestos de poder sean ocupados por hombres, lo que supone que tomen todo tipo de determinaciones. Además de la feminización de la pobreza, la división sexual del trabajo, o la conocida como doble jornada o doble presencia, entre otras.

Por último, la violencia cultural, que perdura en el tiempo, es simbólica, y se observa en dominios como la religión, la ideología, el arte, o el idioma (Galtung, 1990). Se halla por tanto en creencias religiosas en las que la deidad es masculina; o en aquellas ideas de la filosofía y la ciencia que situaban a la mujer como un ser carente de racionalidad. A menudo en la literatura o el arte encontramos diversas obras en las que la mujer es objeto, y escasas en las que sea sujeto creativo y autónomo. Además, esta violencia tiene el poder de que los individuos perciban la violencia estructural y directa como algo natural, lo que contribuye a que el sujeto dominado, la mujer víctima de violencia de género en este caso, sea partícipe de su propia dominación.

De esta forma, y en palabras de Magallón “la desvalorización simbólica de la mujer (violencia cultural) la abocó históricamente a un estatus de subordinación y exclusión institucional (violencia estructural), y esta marginación y carencia de poder favoreció su conversión en objeto de abuso físico (violencia directa)” (2005, p.37).

Mención aparte merece la violencia vicaria, definida por Vaccaro como “aquella violencia que se ejerce sobre los hijos para herir a la mujer. Es una violencia secundaria a la víctima principal, que es la mujer. Es a la mujer a la que se quiere dañar y el daño se hace a través de terceros, por interpósita persona” (2018, p. 9).

Si nos centramos en la violencia de género en el contexto de la pareja, ésta también adopta diversas expresiones: físicas, psicológicas, sexuales y económicas (Palos, 2019). Algunas de ellas son visibles y fáciles de demostrar, como las agresiones físicas. Sin embargo, como en la parte oculta de un iceberg, se encuentran manifestaciones de maltrato psicológico, como la desvalorización, el aislamiento y el abuso social, el control y el dominio, o las amenazas y el chantaje emocional.

Una de las técnicas especialmente nociva pero difícil de detectar es el “gaslighting” o luz de gas, que Sweet (2019) define como un tipo de maltrato psicológico destinado a hacer que las víctimas parezcan o se sientan “locas”, creando un entorno interpersonal “surrealista”. El agresor utiliza los estereotipos basados en el género, sobre todo el que relaciona la feminidad con la irracionalidad, y las desigualdades estructurales e institucionales contra las víctimas, para manipular su realidad. Este proceso provoca que la víctima dude y rechace sus propias creencias, adoptando las que tiene su maltratador sobre ella (Escudero, Polo, López y Aguilar, 2005).

Su uso resulta muy eficaz y devastador, ya que daña el sentido de la realidad, la autonomía, la movilidad, la identidad y los apoyos sociales de la víctima. Todo ello con el fin de que se quede sin referente alguno que apoye su percepción y cuestione la del agresor (Escudero, Aguilar et al., 2005). También puede llegar a impedir el acceso de las víctimas a los recursos con los que podrían alejarse del maltrato, aunque en ocasiones incluso las propias instituciones son parte del proceso de gaslighting (Sweet, 2019).

A pesar de que la violencia psicológica suele mencionarse de forma más superficial, y como la antesala de la física, se trata del mecanismo de control social y reproducción de desigualdades más eficiente, “por su

sutileza, carácter difuso y su omnipresencia” (Segato, 2003, p.114). El hecho de que sea muy difícil de percibir es precisamente lo que hace que la sociedad la haya normalizado y aceptado, y por este motivo es más dañina.

3.1. EL CICLO DE LA VIOLENCIA DE GÉNERO

Cuando se habla de violencia machista, son habituales los argumentos que cuestionan el cómo una mujer puede permanecer en una relación de maltrato. La teoría desarrollada por Leonor Walker en 1979 explica la evolución de la violencia de género en la pareja como un proceso cíclico, así como los motivos por los que se mantiene en el tiempo (Palos, 2019). También aborda los síntomas más destacables que las mujeres maltratadas sufren, sacando a la luz la trampa en la que muchas caen y permanecen, algunas hasta un punto de no retorno, la muerte (Expósito, 2011). Dicha teoría establece tres fases del ciclo de violencia:

En la primera el agresor va acumulando tensión por aspectos de la relación que no funcionan como él considera que deben hacerlo, y por ello comienza a hacer uso de la violencia psicológica. La víctima toma una postura pasiva y sumisa, intentando evitar que la tensión vaya en aumento. Además, ésta oculta los comportamientos de su agresor ante amistades y familia, con lo que se va aislando poco a poco, va perdiendo sus redes de apoyo y se hace más dependiente del maltratador (Palos, 2019; De la Peña, 2007; Zurita, 2014).

La fase de la explosión de la violencia es el punto en el que se descarga toda la tensión acumulada en la fase anterior. Se producen gritos, insultos, amenazas, y agresiones físicas, pudiendo llegar a provocar la muerte. Es la fase más delicada, ya que la víctima experimenta intensos sentimientos de miedo, impotencia y soledad, adentrándose en un estado de indefensión aprendida. Aunque puede considerar la idea de solicitar ayuda externa (Palos, 2019; De la Peña, 2007; Zurita, 2014).

Por último, la fase de manipulación afectiva o luna de miel, en la que llega el arrepentimiento del agresor por el daño causado a la víctima, con el propósito de evitar el fin de la relación y aminorar el sentimiento de culpa. El hombre cambia completamente su actitud, mostrándose cariñoso y atento con la víctima, todo ello en un proceso de manipulación. La mujer maltratada llega a creer que todo lo ocurrido anteriormente han sido hechos aislados y no volverán a repetirse, descarta la idea de solicitar ayuda y finalizar la relación. Si ha interpuesto una denuncia, es habitual que la retire durante esta fase (Palos, 2019; De la Peña, 2007; Zurita, 2014).

Pero lo que ésta desconoce es que pronto se generará de nuevo la tensión y el ciclo volverá a comenzar, regresando a la primera fase. Así se entra paulatinamente en un bucle en el que la violencia va subiendo su intensidad, y las etapas del ciclo cada vez son más cortas, en un proceso de escalada de violencia (Palos, 2019). Esta perspectiva cíclica nos ayuda a entender la manipulación a la que se somete a la víctima. Comprender la violencia de género de esta forma es fundamental para ponerse en el lugar de la mujer maltratada y no culpabilizarla de la situación.

3.2. VICTIMIZACIÓN

La mujer sufre dos clases de victimización. En primer lugar, los daños y sufrimiento causados por el maltrato de su pareja, así como sus secuelas, lo que denominamos victimización primaria (Palos, 2019).

Por otra parte, existe la victimización secundaria, que deriva de la relación que se establece posteriormente entre la víctima y el sistema jurídico-penal (policial y judicial) o un sistema asistencial carente e insuficiente. En ocasiones la administración judicial prioriza sus procedimientos a las necesidades de la mujer maltratada, actuando con cierto automatismo y dejando de lado el derecho de la víctima de ser escuchada. Frecuentemente, los procesos penales se alargan en el tiempo, lo que provoca en la víctima una sensación de incertidumbre y desbordamiento, sintiendo que la justicia no está de su parte, y llegando en algunos casos a retirar la denuncia interpuesta. De esta forma, se genera un “maltrato institucional que puede agravar el daño psicológico de la víctima y acrecentar sus secuelas psicopatológicas” (Zurita, 2014).

Al hablar de violencia de género siempre pensamos en las mujeres, pero sus hijos e hijas también son víctimas directas. En la Ley Orgánica 8/2015, de 22 de julio, de modificación del sistema de protección a la infancia y la adolescencia se incluye la violencia de género como una forma de violencia que se ejerce sobre los menores.

4. LOS NIÑOS-AS COMO VÍCTIMAS DE LA VIOLENCIA DE GÉNERO

Como apunta Reyes (2018) los niños-as son víctimas porque son una pieza más en el entramado para conseguir el objetivo del agresor de dominación hacia la mujer. Autores como Czalbowski (2015) afirman que la exposición a la violencia de género es una forma de maltrato infantil. Los menores inmersos en esta situación se desarrollan emocional, social y físicamente, en un sistema familiar en el que su referente masculino instituye una relación que se basa en la violencia contra su madre.

En las primeras etapas de la vida del individuo, el cerebro es especialmente sensible a experiencias traumáticas, como la violencia de género, lo que puede causar alteraciones en la organización interna cerebral, derivando en una dificultad para afrontar situaciones estresantes durante el resto de la vida (Aguilar, 2009). Numerosos estudios han concluido que apenas se dan diferencias en los efectos físicos y psicológicos en niños testigos de la violencia y niños víctimas directas de la violencia, variando únicamente su origen (Aguilar, 2009; Sepúlveda, 2006).

De forma general, los niños/as padecen alteraciones en diferentes áreas del desarrollo (problemas físicos, emocionales, cognitivos, de conducta y sociales). Estas varían en función de diferentes factores, tales como la edad, género, nivel de desarrollo; tipo, frecuencia y severidad de la violencia; o presencia o ausencia de factores de protección (Aguilar, 2009). Así se ilustra en la tabla 1.

TABLA 1

DESARROLLO EVOLUTIVO Y SECUELAS DE LA VIOLENCIA DE GÉNERO

ETAPA EVOLUTIVA	SECUELAS DE LA VIOLENCIA DE GÉNERO
Embarazo	<ul style="list-style-type: none"> - Parto prematuro - Bajo peso al nacer - Mortalidad perinatal - Mayor riesgo de consumo de sustancias por parte de la madre

Primera infancia (0-2 años)	<ul style="list-style-type: none"> - Sus necesidades pueden ser ignoradas - Desconfianza - Abandono emocional
Etapa preescolar (2-5 años)	<ul style="list-style-type: none"> - Tienen dificultades para distinguir fantasía de realidad. - Pueden sentirse culpables y responsables del conflicto - Miedo - Sentimientos de desamparo, impotencia, ansiedad e inseguridad - Actitudes de regresión, tristeza y aislamiento
Infancia media (6-8 años)	<ul style="list-style-type: none"> - Sintomatología de ansiedad, depresión, y cognición (fantasías) - Posible alianza con uno de los progenitores y culpabilización del otro
Etapa preadolescente (8-12 años)	<ul style="list-style-type: none"> - Sentimientos de frustración y desamparo - Posible violencia, comportamiento antisocial y mala conducta en la escuela - Adopción de posiciones prematuramente adultas de protección a madres y hermanos/as
Adolescencia (13-17 años)	<ul style="list-style-type: none"> - Actitudes de responsabilidad excesiva en el hogar (papel de protector activo, interposición entre su madre y el agresor) - Bajos niveles de autoestima - Altos niveles de ansiedad, depresión y problemas académicos - Cambios radicales en sus estilos de vida - Embotamiento emocional, frialdad e indiferencia

Fuente: Instituto Canario de Igualdad (2012)

4.1. LOS HOMBRES AGRESORES COMO PADRES

Vistas las devastadoras consecuencias que la exposición a la violencia de género provoca en los menores, surgen varias preguntas; ¿qué sensaciones tiene el maltratador con respecto a sus hijos/as y viceversa?, ¿cómo actúa normalmente con ellos y ellas?, ¿puede ser un maltratador un buen padre?

Tal como indica Czalbowski (2015), podemos encontrar dos leyendas en torno a la figura del maltratador. Ambas son peligrosas para los menores, dado que impiden implementar las acciones que son necesarias para protegerles y subsanar el daño sufrido. Estas son la creencia de que se puede maltratar a la pareja, pero ser un buen padre; y la de que la violencia tiene fin tras la separación.

La autora sostiene que no existe un perfil específico social, cultural ni patológico que defina a todos los agresores machistas. Tampoco se trata de personas “enfermas”, sino de hombres nacidos en una cultura patriarcal. Pero varios autores están de acuerdo en que existen una serie de rasgos de personalidad y pautas de crianza que la mayoría tienen en común. Atendiendo al punto de vista psicológico, el psiquiatra Rojas

Marcos (citado en Pérez, 2011) los cataloga como narcisistas, y expertos en la manipulación psicológica de los demás, por la que no tienen ningún tipo de culpa ni remordimiento. Su objetivo principal es conseguir el control de sus víctimas, a las que supone vulnerables, para convertirlas en su posesión.

En su papel como padres, Bancroft (2002) manifiesta que se encuadran normalmente en un estilo de crianza autoritaria, negligente y verbalmente abusiva. Además, afirma que tienden a socavar la autoridad materna y utilizar a los hijos/as como armas contra la madre. Intentan ganarse la complicidad de sus hijos, a través de su presencia en los actos hirientes hacia la madre (Pérez, 2011; Czalbowski, 2015). Respecto a los menores, sus sensaciones hacia su padre son confusas. Tienen sentimientos de cariño y odio simultáneamente. Hay una necesidad de atención, pero a su vez de alejarlo de sus vidas. Estas emociones contradictorias provocan en los niños/as un gran dolor, incertidumbre y ansiedad, que permanecen aunque se acaben separando de su progenitor (Lizana, 2012 en Castro, 2014).

4.2. LA RELACIÓN PATERNO-FILIAL TRAS LA SEPARACIÓN: CUSTODIA Y REGULACIÓN DEL RÉGIMEN DE VISITAS

Como se comentaba, la idea de que la violencia finaliza con la separación es errónea. Es cierto que el término de la convivencia del maltratador con el resto de la familia puede disminuir ciertos riesgos, pero la violencia no termina en ese momento, más bien tiende a continuar (Czalbowski, 2015). Con el alejamiento del agresor de la víctima, la violencia es principalmente sufrida por los menores, quienes se convierten en el centro del conflicto como la única vía que tiene el maltratador para manipular a la víctima (Lizana, 2012 en Castro, 2014).

Cuando comienza el proceso de separación, una de las cuestiones fundamentales a tratar es si los hijos/as deben seguir viendo a su padre. Generalmente ocurre que la custodia de los menores se otorga a la madre. Con el padre se establece, casi automáticamente, un régimen de visitas, ya sea mediante acuerdo con la madre, o como resultado de una decisión judicial. En muchos casos el juez decide su ejecución sin tener en cuenta la voluntad de los menores (Fundación EDE, 2012). Además, esta situación puede exponerles a nuevos riesgos, que son definidos en la literatura especializada; “maltrato infantil directo, exposición a violencia con nuevas parejas, negligencia, bajo compromiso afectivo, abandono y otras situaciones que agravan el daño que los menores ya tienen” (Lizana, 2010, p.2).

Algunos autores han estudiado las actitudes de los hombres agresores y mujeres víctimas ante dicha cuestión. Por ejemplo, en un estudio realizado por Boira, Carbajosa y Marcuello en 2010, encontraron que el tema de los hijos es importante tanto para las mujeres como para los hombres. Se responsabilizan mutuamente de no cumplir con el régimen de visitas, los gastos de manutención, y de usar a los menores en beneficio propio con el fin de manipular a la otra parte. Los hombres aluden con frecuencia a la lentitud con la que se desarrolla la resolución del procedimiento que les permite ver a sus hijos cuando solicitan una revisión de medidas. Mientras que las mujeres en varios casos se preguntan cómo es posible que sus hijos puedan tener contacto con los hombres que las han maltratado (Boira et al., 2010).

En otro proyecto realizado en 2012 por la Dirección de Atención a las Víctimas de la Violencia de Género del Gobierno Vasco y la Fundación EDE, en el que participaron 28 mujeres víctimas, también se trató el tema del régimen de visitas. Hallaron diferentes posturas entre las mujeres a este respecto. Algunas mostraron

conformidad, considerando que han sido ellas las que han sufrido el maltrato, y que a pesar de todo su expareja tiene el derecho de ver a los que todavía son sus hijos.

“Si él no maltrata a los hijos, si no les ha hecho daño y se comprueba y los hijos no se niegan, yo creo que le deben ver, normalmente le ven dos veces al mes, al principio como madre me fastidiaba mucho pero...” (p. 59).

Pero otras se oponían a estas visitas, pensando que un maltratador no es una figura parental válida para sus hijos, en ocasiones porque el agresor también ha adoptado conductas violentas y/o abusivas con los menores. En estos casos es habitual que el régimen de visitas se incumpla.

“Yo parto de que un maltratador no es buena persona, con lo cual yo creo que mi hija no tiene por qué... ¿qué le aporta una mala persona?” (p. 60).

También existía algún caso en el que las mujeres lo aceptaban porque así lo establece la ley, aunque no estuviesen de acuerdo con ello.

“Mis hijos estaban delante cuando se producían las agresiones, pero no se les ha tenido en cuenta y tengo que seguir llevándoles al punto de encuentro” (p. 60).

Se dan diferentes puntos de vista entre las víctimas, pero todas ellas coinciden en la preocupación y ansiedad que sienten cuando sus hijos tienen que ver al agresor, temiendo por si éste ejecuta conductas violentas y causa daño a los menores, o bien supone una mala influencia para ellos (Fundación EDE, 2012).

A nivel legal, la Convención sobre los Derechos del Niño dicta que “los Estados participantes respetarán el derecho del niño que está separado de uno o de ambos padres a mantener relaciones personales y contacto directo con ambos padres de modo regular, salvo si ello es contrario al interés superior del niño” (art. 9.2.). De la misma manera, nuestro Código Civil en su artículo 94 establece que “el progenitor que no tenga consigo a los hijos menores o incapacitados gozará del derecho de visitarlos, comunicar con ellos y tenerlos en su compañía. El Juez determinará el tiempo, modo y lugar del ejercicio de este derecho, que podría limitar o suspender si se dieran graves circunstancias que así lo aconsejen o se incumplieren grave o reiteradamente los deberes impuestos por la resolución judicial.”

Sin embargo, como apunta Reyes (2015) la adopción de medidas de alejamiento del padre agresor hacia los hijos e hijas es acordada en contadas ocasiones por el órgano judicial, exceptuando algunos casos en los que se han causado agresiones directas (principalmente físicas) a los menores. Si se consulta el último Informe Estadístico sobre violencia de género disponible, del año 2017, este revela que del total de medidas cautelares civiles dictadas sobre el denunciado por violencia de género, solo en el 1,4% de los casos se adoptó la suspensión del régimen de visitas, y en un 0,4% se suspendió la patria potestad.

Cabe preguntarse si en numerosos casos, con el mantenimiento de la relación padre agresor-hijo/a se está mirando por el interés superior del menor, obviando los efectos que en éste ha causado la violencia, y que probablemente seguirá causando.

Cuando se dificulta el cumplimiento adecuado del régimen de visitas, es fundamental un recurso denominado Punto de Encuentro Familiar (PEF). Se trata de una alternativa extrajudicial en la que se ofrece un lugar neutral para aquellas familias separadas que por diversos motivos presentan dificultades para preservar las relaciones familiares tras una ruptura. Entre ellas se encuentran progenitores que ejercen la custodia y se niegan a entregar al menor o no colaboran en que se produzcan los encuentros; o niños/as y adolescentes que no están dispuestos a relacionarse con su padre o madre por un fuerte rechazo hacia el mismo. (Sacristán, 2002).

La autora alega que algunos progenitores no utilizan dicho recurso para que la situación familiar evolucione de forma favorable, sino que continúan con interferencias, algunas de ellas graves, en el régimen de los hijos y el progenitor con el que no conviven. La calificación de interferencias graves se refiere al fenómeno que se ha introducido desde hace años en el contexto de los litigios por guarda y custodia de los menores, el llamado “Síndrome de Alienación Parental”.

Hart (2006) apunta que existe cierta convicción de que los menores que no están dispuestos a seguir manteniendo el contacto con su progenitor, lo hacen porque se encuentran bajo el mencionado síndrome, gracias al efecto “alienador” de la madre. Se presupone que los deseos de los niños/as han sido deformados por una coacción activa y deliberada de uno de sus progenitores, principalmente las madres, con el objetivo de que asuman que el progenitor rechazado (padre) es una mala persona.

En este punto surgen distintas interrogaciones; ¿qué es exactamente el Síndrome de Alienación Parental?, ¿existe realmente o tiene algún tipo de validez científica?; ¿se trata de una herramienta para enmascarar a niños víctimas de violencia que pueden tener sus propias razones para evitar la relación con sus padres?

5. SÍNDROME DE ALIENACIÓN PARENTAL (SAP)

5.1. DEFINICIONES Y ORÍGENES DEL TÉRMINO

El concepto de SAP fue acuñado y explicado por primera vez en 1985 por el Dr. Richard Gardner, psiquiatra infantil y forense estadounidense. Aunque previamente otros autores ya habían descrito este fenómeno con otras denominaciones análogas, como “Síndrome de Medea” (Wallerstein), “Síndrome de la Madre maliciosa” (Turkat) o “Programación Parental en el Divorcio” (Clawar y Rivlin). Todas ellas aluden a una problemática presente en niños, consistente en un conjunto de “emociones, actitudes y comportamientos de rechazo hacia uno de los progenitores cuyo origen, básicamente, surge de un proceso de mediatización por parte del otro progenitor” (Pereda y Arch, 2009, p. 281).

Sin embargo, este trabajo versa sobre la concepción del SAP según Gardner, y se centra en la descripción de la teoría que elaboró el autor para su defensa.

Conceptualización

Gardner explicó el SAP como un trastorno infantil que aparece en el ambiente creado por las disputas acerca de la guarda y custodia de los niños. Se caracteriza principalmente por la “campaña de denigración” del niño contra uno de sus progenitores, sin justificación alguna. Esta deriva del lavado de cerebro o adoctrinamiento

por parte del otro progenitor hacia el menor; sumado a las aportaciones propias que el niño realiza para consumir el rechazo hacia el padre objetivo (Gardner, 1985).

Aguilar Cuenca (2005), uno de los principales impulsores del SAP en nuestro país, añade que el progenitor alienador pretende “impedir, obstaculizar o destruir sus vínculos con el otro progenitor” (citado en Paz, 2007, p. 132).

Posteriormente, en 1991, Gardner añade “una cláusula de exención” para la aplicación del SAP, manifestando que cuando existe una situación real de maltrato o abuso sexual, la animadversión del niño hacia el progenitor rechazado puede estar justificada, por lo que un diagnóstico de SAP no tendría cabida. (Gardner, 1991; Padilla, 2017). Sin embargo, él mismo afirmaba que la mayoría de denuncias de acusaciones por maltrato y abuso eran falsas, y la que suele ponerlas es la madre (Vaccaro y Barea, 2009).

Actores

Encontramos tres partes o personajes en el desarrollo de este fenómeno:

El progenitor alienante es el padre/madre que provoca la alienación al menor, quien induce en él la programación o lavado de cerebro. A pesar de que no se habla de que sea el padre o madre quien tome este rol de forma exclusiva, podemos deducir que para adoctrinar a un hijo, es necesario mantener un contacto estrecho en el tiempo y en el espacio con el mismo, lo que lleva a pensar según Gardner, que el progenitor custodio y el progenitor alienante son la misma persona. (Escudero, Aguilar y de la Cruz, 2008). Como la guarda y custodia de los menores es ostentada en mayor medida por las madres (Padilla, 2017), parece inevitable situar a las madres como alienadoras y a los padres como alienados. De hecho, a modo de simplificación, Gardner utiliza el término de “madre” para referirse al alienador, y el de “padre” para designar al padre alienado (Escudero, Aguilar et al., 2008).

El progenitor alienado encarna al padre que está siendo rechazado y denigrado por su hijo/a. Gardner lo muestra como un actor pasivo. Tienen sentimientos de confusión, culpabilidad e impotencia, y se sitúan como víctimas (Ortiz, 2007).

La tercera figura es la del hijo/a alienado. Gardner lo sitúa como uno de los agentes etiológicos (junto al progenitor alienador), no obstante, al tratarse de un síndrome infantil, éste debería considerarse a la vez agente causal y víctima (Escudero, Aguilar et al., 2008).

Para concluir que un niño/a padece SAP, debe presentar un conjunto de síntomas veremos a continuación.

Síntomas y etiología: “síndrome médico puro”

Gardner describió el SAP como un “síndrome médico puro”. Alegó que tiene una única causa evidente, así como unos *síntomas* concretos y constantes en los menores que lo sufren (Escudero, Aguilar et al., 2008; Padilla, 2017):

1. Una campaña de denigración: el menor tiene una obsesión con el odio hacia el progenitor alienado. La denigración puede incluir o no una denuncia falsa de abuso sexual.

2. Racionalizaciones débiles, absurdas o frívolas para la desaprobación
3. Ausencia de ambivalencia: el niño no manifiesta sentimientos encontrados, todo en el padre alienador es positivo, mientras que todo en el padre alienado es negativo.
4. El fenómeno del “pensador-independiente”: los menores sostienen que nadie les ha influenciado en su decisión de rechazar al padre alienado, se trata de su propia voluntad.
5. Apoyo reflexivo al padre alienante en el conflicto parental: el niño aceptará y defenderá siempre la postura del padre aceptado contra el odiado, aunque existan evidencias de que el primero miente.
6. Ausencia de culpa sobre la crueldad y/o explotación hacia el padre alienado
7. La presencia de escenarios prestados: en sus argumentos los menores utilizan un lenguaje y expresiones impropios de su edad, haciendo uso en ocasiones de palabras o frases del padre alienador.
8. Extensión de la animosidad hacia los amigos y/o familia extendida del padre alienado: rechazo del menor hacia cualquier persona del entorno del progenitor alienado (abuelos, tíos, primos...), aunque previamente mantuviese una buena relación con ellos (Bolaños, 2002).

La *causa* única o desencadenante de la repulsa del menor hacia uno de los progenitores, es la manipulación del otro progenitor (normalmente la madre), descartándose cualquier otra razón (Padilla, 2017). Y el *mecanismo de acción* que explica la relación entre la manipulación de la madre (causa) y la sintomatología en el menor es el lavado de cerebro o programación mental (Escudero, Aguilar et al., 2008).

Diagnóstico diferencial y terapia de la amenaza

Una vez realizado el diagnóstico del SAP, efecto de la manipulación de la madre, toda acción u omisión del niño será identificada como un síntoma, de acuerdo con la influencia nociva de su progenitora. Cuando dicho diagnóstico es aceptado por la Administración de Justicia, se dan las condiciones para poner en marcha el tratamiento que Gardner prescribe ante el SAP, la denominada “terapia de la amenaza”, que busca corregir la conducta del niño y el progenitor alienador, a fin de que el menor se relacione con el padre alienado. Este tratamiento, como su propio nombre indica, se basa en la amenaza y la coerción (Padilla, 2017).

5.2. DESCRIPCIÓN Y ANÁLISIS DEL FENÓMENO DEL “SAP”

5.2.1. CUESTIONES DE ORDEN MÉDICO/PSIQUIÁTRICO/PSICOLÓGICO

Uno de los aspectos que ha situado al SAP en el disparadero de la opinión pública y probablemente donde está el núcleo del debate, son las críticas de corte clínico que ha recibido, así como el escaso consenso que hay en torno al mismo por parte de la comunidad científica. El supuesto síndrome no es reconocido desde ningún organismo o asociación profesional ni científica. Tampoco se aceptó su inclusión en los dos principales

sistemas diagnósticos de salud mental que son referentes a nivel internacional. Estos son el DSM-V de la Asociación Americana de Psiquiatría, y el CIE-10, de la Organización Mundial de la Salud.

En nuestro país, autoridades médicas como la Asociación Española de Neuropsiquiatría, manifiestan que el SAP tal y como lo inventó Gardner no tiene ningún fundamento científico, y entraña graves riesgos en la corte judicial. Sostiene que está construido sobre tres argumentos falaces: la falsa analogía, el argumento circular y la apelación a la autoridad (Escudero, González et al., 2010).

Sus defensores no aceptan estos posicionamientos, y manifiestan que el hecho de que no lo recojan manuales como el DSM-V no invalida su existencia. Se apoyan en que existen otros “trastornos” que son reconocidos y tampoco se incluyen en estas clasificaciones médicas, tales como el Síndrome de la mujer maltratada o el Síndrome de Estocolmo (Serrano, 2010; Vilalta y Nodal, 2017).

Vilalta y Nodal añaden que la quinta y actual versión del DSM, deja de distinguir entre trastornos y síndromes; y que en última instancia no es más que “una convención de los especialistas sobre el estado de la cuestión en un momento determinado, pues sus criterios son variables en el tiempo” (2017, p 226).

Sin embargo, para comprender por qué el síndrome no ha sido bien recibido en la comunidad científica, basta con indagar un poco en los criterios diagnósticos y terapéuticos que constituyen su teoría; caracterizados por la falta de científicidad, y contruidos sobre argumentos falaces, como apuntaba la AEN.

CRITERIOS DIAGNÓSTICOS O SÍNTOMAS

Gardner estableció una relación de ocho síntomas necesarios para diagnosticar el SAP, que comúnmente aparecen juntos en los menores que lo padecen:

- **PRIMER CRITERIO DIAGNÓSTICO**

“Campaña de denigración (injustificada) en la que el niño manifiesta continuamente su odio hacia el progenitor no custodio. La denigración puede incluir o no una denuncia falsa de abuso sexual”.

Este primer síntoma, y según Gardner el principal, no puede separarse de los demás, es decir, carece de una descripción específica. La idea de “campaña de denigración” es tan amplia y abstracta que incluye a otros síntomas. Además, el requisito de que sea “injustificada”, es un elemento que también se repite en el resto (Escudero, Aguilar et al., 2008).

Por otra parte, al desechar otras causas que expliquen el rechazo del menor hacia el padre, presupone que en el caso de que exista una denuncia de abuso sexual, lo más probable es que esta sea falsa. Está diciendo que si el/la menor o el progenitor alienante acusan al rechazado de abuso o maltrato, esto ya es una prueba de SAP y un criterio que determina que la acusación es falsa, dando así por hecho que el niño miente. Esto demuestra un pensamiento carente de base científica, básicamente si el delito es auténtico no se denuncia, si se denuncia es falso; devaluando así las leyes que dan la posibilidad de denunciarlo (Vaccaro y Barea, 2009)

- **SEGUNDO CRITERIO DIAGNÓSTICO**

“Justificaciones débiles, absurdas o frívolas para el desprecio. El niño plantea argumentos irracionales y a menudo ridículos para no querer estar cerca de su progenitor”.

Siguiendo con la idea de que el/la menor miente, se tachan sus manifestaciones de “débiles”, “frívolas”, o “absurdas”. Estos términos son imprecisos, ambiguos, y subjetivos. Los criterios diagnósticos en psiquiatría y psicología han de ser concretos y definidos en su terminología. Por ello no confirman un diagnóstico fiable (Hoult, 2006).

- TERCER, CUARTO Y QUINTO CRITERIOS DIAGNÓSTICOS

Según Vaccaro y Barea (2009), los siguientes tres síntomas pueden encuadrarse en lo que sería la conducta normal de un menor que ha sido maltratado o abusado por su progenitor, o bien ha presenciado malos tratos de este hacia su madre. El niño puede solidarizarse con la madre y apoyarla al considerarla víctima de maltrato, o bien porque es su único apoyo ante los abusos de su padre.

Respecto al tercer criterio “Ausencia de ambivalencia”, Gardner se refiere a que en el padre rechazado todo es visto como malo, y en el padre amado todo es bueno. Mientras que bajo su criterio todas las relaciones humanas son relaciones ambivalentes, y las infantoparentales no son ninguna excepción.

El cuarto “Fenómeno del *‘pensador independiente’*. Los niños afirman que su decisión de rechazar a uno de los progenitores es suya. Niegan cualquier tipo de influencia”, merece especial atención. Aquí Gardner sostiene que además del lavado de cerebro, existen factores dentro del niño que surgen independientemente de las contribuciones parentales, que contribuyen al desarrollo del síndrome. Fundamentalmente, esto quiere decir que los niños formulan sus propias razones para el rechazo de su padre, a parte de las que le son inculcadas por su madre.

Como apuntan Escudero, Aguilar et al.: “el fenómeno del pensador independiente alude a la causa del SAP, en cuanto que lo hace independiente del lavado de cerebro”. Como se expresaba antes, “sitúa también la causa en el niño sin mediación alguna del progenitor alienador” (2008, p. 32-33). Podemos decir entonces que existe una barrera difusa entre causa y síntomas.

El quinto; “Apoyo reflexivo y automático en el conflicto parental al progenitor alienante”, es descrito por Gardner como un “arma” que usan los menores, y de nuevo la describe con términos indefinidos como “ridícula”, “frívola”, y “absurda” (Escudero, Aguilar et al., 2008).

- SEXTO CRITERIO DIAGNÓSTICO

“Ausencia de culpabilidad por la crueldad y explotación a que se somete al progenitor alienado. Indiferencia por los sentimientos de éste”.

Este síntoma va también en consonancia con el del “pensador independiente”. Retomando el pensamiento de Vaccaro y Barea (2009), el menor puede no sentir ninguna culpa por rechazar al padre alienado porque este sea violento o abusador, teniendo claro que él/ella y su madre son víctimas. Se deja ver en su redacción el criterio patriarcal de que cualquier crítica o juicio que emana del menor hacia su padre supone una ofensa terrible.

En adición, atendiendo a esta ausencia de culpabilidad, Gardner (2002) manifiesta que “los niños con ‘SAP’ a veces son como psicópatas y muchas de esas veces son muy psicopáticos”. No contento con la confusión que generan muchos de los síntomas, introduce un trastorno de la personalidad como es la psicopatía. Lo que también hace con la madre; “La mujer con ‘SAP’ se vuelve psicopática, pero sólo en la esfera vital relativa a la maternidad”. De esta manera, vemos la ligereza con la que Gardner diagnostica trastornos graves sin pruebas, tanto a la madre como a los menores que rechazan a su padre.

- SÉPTIMO CRITERIO DIAGNÓSTICO

“Presencia de escenarios prestados. La calidad de los argumentos parece ensayada. A menudo usan palabras o frases que no forman parte del lenguaje de los niños”.

Gardner alega que este síntoma es la manifestación más convincente de programación, identificado de forma recurrente en el SAP. Remite de nuevo al tema de las denuncias sobre presuntos abusos y malos tratos a los menores, asumiendo su falsedad y que se corresponden entonces con estos “escenarios prestados” (Escudero, Aguilar et al., 2008).

Vaccaro y Barea (2009) comentan que esto que Gardner llama “escenarios prestados” puede ser producto de las experiencias del niño en combinación con las recomendaciones de su madre para protegerlo. Por ejemplo, puede haber escuchado discusiones aunque no estuviera delante, puede haber sido advertido por su madre que de si nota que su padre ha bebido se vaya a su cuarto...En esta línea, Hoult (2006) apunta que no se distingue un “escenario prestado” de una opinión personal o criterio que el menor aprende por sí mismo. Además, todo lo aprendido y las creencias personales se originan en creencias “prestadas”. Para ejemplificar esta idea Hoult dice: “un niño aprende a no tocar una estufa caliente porque le prestan la creencia de que es peligrosa. A través del aprendizaje los niños se transforman en adultos que piensan independientemente” (2006, p.10).

No obstante, es cierto que los comentarios despreciativos que en muchas ocasiones un progenitor realiza sobre otro, pueden fomentar el rechazo del menor hacia éste; pero como sostienen Vaccaro y Barea también es una realidad que en muchas otras ocasiones son “una reacción coherente ante un maltrato largamente ocultado”. Muchas mujeres sufren años de golpes, violaciones, amenazas de muerte, abusos económicos...en silencio, sin ser sus hijos conscientes. Sin embargo, al ver que su pareja puede pasar de maltratarla a ella a maltratar también a los menores, puede decidirse a contarle y compartirlo con sus hijos; “la percepción del riesgo de los niños le hace hablar” (2009, p.80).

Además, aunque los menores no hayan presenciado directamente agresiones u otras formas de maltrato, como se hablaba antes, siempre perciben en mayor o menor medida el abuso de su padre hacia su madre. Por lo tanto, no es extraño que si esta les habla de ello en un momento dado, los niños lo comprendan, y por ello decidan distanciarse de su padre, como reacción adaptativa a las circunstancias.

En este sentido, cabe mencionar que Gardner, a fin de distinguir los abusos reales de los falsos, o como decía él, los “niños genuinamente abusados” de los “niños programados”, creó una escala denominada Sex Abuse Legitimacy Scals (Escala de Validación del Abuso) (SALS), tachada de “inadmisible” por numerosos expertos, y prohibida en varios estados de los EE.UU. (Vaccaro y Barea, 2009). Tan rotundas fueron las críticas hacia la misma que Gardner abandonó su aplicación. Lo cierto es que los criterios que utilizaba para distinguir lo

creíble de lo que no lo es son cuando menos curiosos: “Creer a estos niños es creer que un padre, en sus 30 o 40, cambió su orientación sexual de la recta heterosexualidad a la pedofilia” (2001, p. 4).

Para colmo, en uno de sus artículos, hablando también de la sintomatología que distingue un abuso falso de uno verdadero, manifestaba lo siguiente: “Los evaluadores que sigan cuidadosamente estas directrices deberían tener poca dificultad para hacer esta importante diferenciación, aunque existen algunos casos en los que el SAP y el abuso pueden coexistir. Cuando el factor abuso es claramente predominante, entonces el diagnóstico de SAP no está justificado” (Gardner, 2001, p.3).

- OCTAVO CRITERIO DIAGNÓSTICO

“Extensión de la animadversión a la familia extensa y red social del progenitor alienado”.

De nuevo, este síntoma puede interpretarse como una consecuencia lógica del rechazo del menor a cualquier ambiente en el que prevalezca la figura paterna. Si el niño teme a su padre, sabe que por ejemplo en la casa de sus abuelos paternos éste puede acceder a él de forma libre (Vaccaro y Barea, 2009).

LA OMISIÓN DEL PAPEL DEL DESARROLLO EN LA EXPRESIÓN DE LAS CONDUCTAS INFANTILES

Desde la psicología evolutiva, no pasa desapercibido otro aspecto relativo al conjunto de síntomas, en concreto, que se considera válido en todas las edades. Está ampliamente demostrado que para la observación y evaluación de un niño/a, hay que tener en cuenta la etapa evolutiva en la que se encuentra. Para ello se toma en consideración variables como: la capacidad de representación, el desarrollo del lenguaje, el papel del juego, el desarrollo de la capacidad de pensamiento, la comprensión de la realidad y la fantasía... (Vaccaro y Barea, 2009; Escudero et al., 2008). Por lo tanto, no puede obviarse el periodo de desarrollo en el que se encuentran los menores. No es igual la reacción que tendrá un niño de 4 años ante un determinado suceso o circunstancia que la que tendrá uno de 8; al igual que no es la misma la conducta de un niño en su pubertad que la que adoptará en la adolescencia.

En el SAP no se contemplan dichas variables, como apuntan Escudero, Aguilar et al.: “el niño que se evalúa en el SAP es así, “el mismo” desde su nacimiento hasta la adolescencia (incluida ésta)” (2008, p. 37). Reacciona del mismo modo indistintamente de la etapa evolutiva que atraviese y de sus características personales.

Gardner omite de este modo todos los avances de la psicología evolutiva sobre la progresiva adquisición de capacidades en los niños/as, borrando las contribuciones de Piaget, Vigotski o Bowlby, entre otros expertos. Todo ello con el objetivo de conseguir un diagnóstico fácil de SAP (Vaccaro y Barea, 2009; Escudero et al., 2008).

¿POR QUÉ EL SAP NO ES UN SÍNDROME MÉDICO?

Según Escudero, Aguilar et al. (2008), miembros de la Asociación Española de Neuropsiquiatría (2008), se pueden sacar varias conclusiones respecto al SAP en torno a los “síntomas” que Gardner establece para su diagnóstico. Lo propio sería que al entenderse el SAP como una entidad médica pura, contase con unos términos especializados. Sin embargo, Gardner jamás explicitó el significado otorgado a los términos que

componen el síntoma. Vocablos como “campana”, “denigración”, “justificable” ...son difíciles de operativizar, lo que impide comunicar el sentido de lo dicho, y el sistema de ideas queda cerrado al exterior y acceso de otros científicos. Por otro lado, en los síndromes médicos, los síntomas son independientes conceptualmente entre sí. Ni se contienen unos a otros, ni se justifican entre ellos. Como se decía antes, en el SAP, cada síntoma no hace más que definir diferentes partes del argumento.

También cabe cuestionarse si todos estos síntomas no son respuestas ante un observador o evaluador, mediatizadas en definitiva por un contexto pericial. Ya en el segundo tercio del siglo pasado, penetra en la ciencia la afirmación de que la presencia del observador cambia la naturaleza de lo observado. Se puede interpretar que los ocho síntomas están presentes si el observador deduce que están presentes. Aspectos como la “ausencia de culpa” o la “crueldad” son más propios de la percepción del observador. De la misma forma, catalogar de “frívolo” o “cruel” un comportamiento, depende en buena parte del uso del lenguaje y los valores morales del examinador (Escudero, Aguilar et al., 2008).

La psicóloga Leonore Walker (citada en Barea, 2009) puso de manifiesto que los síntomas del SAP son realmente descripciones de conductas observadas y deberían ser considerados signos, y no síntomas, si nos atenemos a los criterios del DSM-IV-TR. En este se definen:

- Signo: Manifestación objetiva de un estado patológico. Los signos son observados por el clínico más que descritos por el individuo afectado.
- Síntoma: Manifestación subjetiva de un estado patológico. Los síntomas son descritos por el individuo afecto más que observados por el examinador.
- Síndrome: agrupación de signos y síntomas basada en su frecuente concurrencia, que puede sugerir una patogenia, una evolución, unos antecedentes familiares o una selección terapéutica comunes.

De esta forma, vemos que el SAP confunde signos y síntomas, y carece de síntomas (Vaccaro y Barea, 2009), por lo que siguiendo este razonamiento no puede considerarse un síndrome médico.

Además, en su empeño de medicalizar el pretendido síndrome, Gardner hacía un razonamiento por analogía con el Síndrome de Down y la neumonía neumocócica; con los que intentaba establecer semejanzas según distintos aspectos; como la definición, la etiología, o la inclusión en el DSM. Para el psiquiatra, las analogías por sí mismas se constituyen en la demostración de su pureza sindrómica y con ella de la existencia del SAP. Sin embargo, estas dos enfermedades presentan pruebas objetivas y claras, al contrario que el SAP (Gallego, 2013; Escudero, Aguilar et al., 2008).

RESPECTO A LA ETIOLOGÍA DEL SAP Y SU “CAUSA ÚNICA”

Recordemos que Gardner sitúa como causa única del SAP la manipulación de la madre hacia el/la menor, a través de un lavado del cerebro.

RECHAZO DEL MENOR A UN PROGENITOR

En los procesos de separación o divorcio, sobre todo aquellos conflictivos, los menores pueden volverse ariscos y esquivos hacia uno de sus progenitores, o hacia ambos. En estas circunstancias, las razones subyacentes al apego o al rechazo son complejas, y no facilitan respuestas fáciles ni unánimes. Las

investigaciones apuntan a que este tipo de reacciones en los menores suelen originarse por la misma conducta del progenitor rechazado; ya sea una conducta violenta, abusadora, o negligente. También pueden constituir reacciones adaptativas al divorcio; o rabietas propias del desarrollo (Vaccaro y Barea, 2009).

Sin embargo, si nos preguntamos qué papel juega el padre en el rechazo del niño en el SAP, la respuesta que se puede inferir de los escritos de Gardner es únicamente que este rechazo es injustificado. Para el creador del SAP el progenitor alienado siempre fue un buen padre (Escudero, Aguilar et al., 2008). Esta es una premisa necesaria o condición *sine qua non* para el funcionamiento del SAP, y para uno de sus objetivos, la medida de cambio de custodia.

PATOLOGIZACIÓN DE CONDUCTAS HUMANAS NEGATIVAS

Resulta bastante reduccionista defender que los menores son meras marionetas, dedicadas a repetir lo que el presunto alienador/a introduce en sus cabezas, sin el menor sentido crítico. Por no hablar de los trastornos psicológicos que vendrían necesariamente asociados a un “lavado de cerebro”. Los niños/as sienten, piensan y actúan por sí mismos, aunque no se puede negar que pueden ser influenciados (Lopo, 2010).

En este sentido, Vaccaro y Barea (2009) sostienen que expresar críticas al otro progenitor en presencia de los hijos/as no es un comportamiento del que se deba estar orgulloso, sin embargo, está presente en la mayoría de las parejas. En el espectro de las conductas humanas, las conductas negativas como éstas (malintencionadas, poco cooperativas, hostiles) son comunes como mecanismo de defensa.

Es una realidad que existen padres y madres perversos, que manipulan y utilizan a sus hijos para conseguir sus propios fines, y los predisponen contra el otro progenitor. No obstante, esto no constituye ningún síndrome médico, ni patología psiquiátrica. Es una conducta dañina la ejerza quien la ejerza, pero se trata de una disfunción de adaptación relacional, un problema de relación padre-hijo o padre-madre, y los problemas de relación en sí mismos no son trastornos mentales. No se contribuye a la resolución de estas conductas o comportamientos poniéndoles etiquetas médicas; de esta manera solo se medicaliza innecesariamente un problema (Vaccaro y Barea, 2009).

UNA ETIOLOGÍA MÁS LEGAL QUE MÉDICA

Por otra parte, en los numerosos escritos de Gardner, vemos su empeño en demostrar que el SAP florece en el ámbito legal, fundamentalmente en dos tipos de causas:

- En juzgados de familia en casos de divorcio o litigio por la custodia (o a raíz de las medidas o acuerdos en torno a esta, como el régimen de visitas).
- En juzgados penales en casos de padres acusados de abusos sexuales o malos tratos a sus hijos (y/o mujer).

Dado que toda investigación debería ser contextualizada, en este sentido Gardner hizo bien explicitando el ambiente en el que surge el SAP. Sin embargo, esta obstinación en reafirmar que se origina en este tipo de causas legales, se corresponde con la intención de reducir el concepto al marco judicial. Como apuntan Escudero, Aguilar et al. (2008) esto sugiere dos matices; el primero, que el SAP no es más que una estrategia legal; y el segundo, que al introducir el SAP en el ámbito legal como una enfermedad, éste tiene la capacidad

de modificar ese contexto de origen. Es decir, una vez que 'SAP' penetra en un litigio, una de las partes (madre alienante) será tratada como si estuviese enferma, y tanto su palabra como la del menor verán modificado su valor al ser considerada como síntomas. De la misma manera, el expediente judicial será tratado desde ese momento como un expediente clínico.

El segundo matiz alude a un proceso de gaslighting institucional. El agresor, al introducir el constructo del SAP en el litigio, aprovecha el miedo y la falta de credibilidad de la mujer para conseguir que todos los profesionales que participan en el proceso judicial tomen a la víctima como enferma o "loca". Como apuntaba Sweet (2019) etiquetar a las mujeres de esta manera es una característica clave del sistema de género, especialmente a través de la medicina y el derecho. Vemos así que instituciones como el sistema judicial, que se perciben como útiles para las víctimas, se convierten en un elemento más del gaslighting, contribuyendo a la victimización secundaria.

Cabe añadir aquí que Gardner admite incluso que muchos padres que realmente han abusado de sus hijos, pueden alegar en su defensa la existencia de SAP como estrategia: "Con el creciente reconocimiento del SAP, [...] padres que son verdaderamente abusadores han estado alegando que la animosidad de los niños hacia ellos no tiene nada que ver con su abuso sino el resultado de una programación de SAP por el otro progenitor. [...] Algunos de estos padres han tenido éxito en convencer a los tribunales de que no eran abusadores y que el SAP es responsable de la alienación" (2001, p.3).

TERAPIA DE LA AMENAZA: LA COACCIÓN LEGAL COMO TRATAMIENTO

La solución o cura que propone Gardner ante un diagnóstico de SAP es una terapia que él mismo denominó "terapia de la amenaza" (threat therapy). Ésta se resume en el cambio de custodia (o la amenaza indefinida de hacerlo) para entregársela al padre alienado, y en la restricción del contacto entre el menor y su madre (el progenitor diagnosticado) al determinarse un nuevo régimen de visitas. (Vaccaro y Barea, 2009; Escudero, Aguilar et al., 2008). De esta forma, el tratamiento se sirve de la justicia y sus profesionales para coaccionar a la mujer y a los menores con amenazas, forzándolos a una sumisión al progenitor rechazado. Gardner dice que únicamente una justicia eficaz en cumplir sus amenazas podrá llevar a cabo las medidas del SAP, ya que a su entender la amenaza permanente permite manipular a la gente que no coopera (Gallego, 2013).

Respecto al terapeuta del SAP, Gardner refiere que es una nueva figura profesional, cuyo poder viene derivado por los juzgados. "Deben sentirse cómodos con métodos alternativos de terapia, la terapia que implica un enfoque autoritario al tratamiento [...] Ellos deben reconocer que hacer lo que los niños manifiestan puede no ser sus mejores intereses. Lo que es el mejor interés en los casos de SAP es que los niños sean forzados a visitar al padre alienado" (Escudero, Aguilar et al., 2008).

Gardner no especifica la cualificación que deben tener estos profesionales especialistas en SAP, lo único que tienen que ser es especialistas en amenazar. Además, y como apunta Hault (2006), Gardner instruía a estos terapeutas para que violaran la confidencialidad de sus pacientes e ignoraran y negaran las manifestaciones de abuso del menor. También recomienda a los jueces que apoyen las conclusiones de un "especialista en SAP" a través de la imposición de multas, la pérdida permanente de la custodia, y la prisión; penas que se deberán imponer a aquellas madres que no acepten las medidas (Vaccaro y Barea, 2009).

En el año 2007, un amplio grupo de prestigiosos profesionales españoles de la Medicina y la Salud mental respecto a esta terapia; firman un manifiesto en el que afirman que esta terapia “es exclusivamente coacción legal inútil y contraproducente, que empeora la situación, deja secuelas en los niños/as y en algunos casos documentados ha tenido graves consecuencias [...] lleva en la práctica una eliminación de los derechos de los niños/as [...] Dadas estas violaciones de la ética médica y las obligaciones legales, el tratamiento del SAP constituye en sí mismo una mala praxis médica” (Lopo, 2010).

5.2.2. EL “SAP” EN EL SISTEMA JUDICIAL

Como hemos visto hasta ahora, el SAP tiene al sistema judicial como su campo de aplicación privilegiado. Cuando se introduce en éste, los profesionales que lo conforman (abogados, jueces, psicólogos, trabajadores sociales...) adquieren responsabilidad en su continuidad. Se convierte así la instancia judicial en un elemento de esencial importancia en los componentes del pretendido síndrome (Segura, Gil y Sepúlveda, 2006). De este modo, tanto Gardner como sus seguidores recurren a la justicia en aras de legitimar su síndrome, con el fin último de proporcionarle credibilidad y usarlo como base para cambios judiciales de custodias de menores (Escudero, González et al., 2010).

Como ya ocurriera en EE.UU., en España se introduce a la par que dos nuevas leyes. La Ley 15/2005 de 8 de julio, que crea la posibilidad de solicitar la guarda y custodia compartida impuesta judicialmente. Y la Ley Integral contra la Violencia de Género, de 28 de diciembre de 2004. Esta implica un proceso de revelación de la violencia de género, en el que la denuncia interpuesta por la víctima supone la única vía oficial de conocerla y protegerla. Por su parte, la propuesta del SAP casa con la idea de la gran presencia de denuncias falsas al amparo de esta ley, generalizada en ciertos sectores de nuestra sociedad (Escudero, González et al., 2010; Escudero, Aguilar et al., 2008). En dos estudios realizados en 2009 y 2016 por el Consejo General del Poder Judicial se analizaron más de mil sentencias, concluyendo que únicamente en tres casos se acordó deducir testimonio contra la presunta víctima por entender que la denuncia era falsa. Esto demuestra que “el número de denuncias falsas en delitos de esta naturaleza es ciertamente insignificante” (2016, p. 217).

En su país de origen, se empezó a cuestionar la admisibilidad del SAP en los procedimientos judiciales, dado que se estaban dando casos de suicidio en adolescentes (como el de Nathan Grieco) cuyo padre había conseguido su custodia alegando la existencia de SAP. En algunos estados se elaboraron las Reglas Federales de Evidencia, por las que solo están permitidas en un juicio aquellas pruebas basadas en teorías científicas probadas y válidas, descartándose así el SAP. Finalmente, el Tribunal Supremo de EE.UU. certifica la inexistencia del SAP, afirmando que no cumple los requisitos necesarios de fiabilidad y validez científica. Actualmente el descrédito del pretendido SAP en este país es casi total. (Escudero, González et al., 2010).

Sin embargo, y a pesar de la experiencia del país estadounidense, como se decía antes el SAP también se cuela en el sistema judicial español, y en el de muchos otros países como Canadá, Brasil, Reino Unido, Argentina, Uruguay, etc. (Gallego, 2013).

Algunos foros y defensores del SAP, como Vilalta y Nodal (2017), o Serrano (2010), entre otros, respaldan su existencia escudándose en el reconocimiento del mismo por el Tribunal Europeo de Derechos Humanos. Para ello nombran casos como la sentencia del 13 de julio de 2000, del Caso Esholz contra Alemania. Sin embargo, si se lee con detenimiento la sentencia, se puede comprobar que en ningún momento se reconoce la

existencia del SAP ni su admisión como prueba en el juicio, no se pronuncian sobre síndrome alguno. Las únicas referencias al síndrome son alegaciones de una de las partes.

Desde el año 2002, se pueden encontrar sentencias en nuestro país que aceptan la teoría del SAP. Pero la que caló a nivel mediático y tuvo una gran resonancia pública, fue la Sentencia del Juzgado de Primera Instancia nº4 de Manresa de fecha de 4 de junio de 2007, en la que se reconoce que la menor tiene SAP y por ello debe ser alejada de su madre y la familia extensa materna un periodo mínimo de seis meses. No obstante, la resolución judicial de la segunda instancia realiza una modificación concediendo a la madre un régimen de visitas de fines de semana alternos y mitad de vacaciones de la menor, a pesar de aceptar como cierto el SAP.

Destaca también la sentencia del Juzgado de Primera 1ª Instancia nº7 de Oviedo, de 13 de junio de 2005, en la que se concedió la custodia al padre alegando SAP en los menores, incluso cuando existía una orden de alejamiento del mismo hacia su ex esposa e hijos, vigente en el momento en el que se dictó la sentencia.

En la otra cara de la moneda, también se encuentra jurisprudencia en España que rechaza el síndrome y no lo admite como prueba. Destaca la sentencia de la sección 6ª de la Audiencia Provincial de Vizcaya, en la que se hace referencia al SAP como “instrumento de peligroso fraude pseudo-científico, que está generando situaciones de riesgo para los niños, y está provocando una involución en los derechos humanos de los menores y de sus madres (mujeres).” Por su parte, el Consejo General del poder Judicial se pronunció en 2008 respecto al SAP, concluyendo que abrazar esta teoría en los procedimientos de guarda y custodia significa someter a la infancia a una terapia coactiva y una vulneración de sus derechos, precisamente por parte de instituciones cuya función recae en su protección (Escudero, González et al., 2010).

A día de hoy, la recientemente aprobada Ley Orgánica 8/2021, de 4 de junio, de protección integral a la infancia y a la adolescencia frente a la violencia, expresa en su artículo 11.3: “Los poderes públicos tomarán las medidas necesarias para impedir que planteamientos teóricos o criterios sin aval científico que presuman interferencia o manipulación adulta, como el llamado síndrome de alienación parental, puedan ser tomados en consideración.”

Como apuntan Escudero, González et al. (2010) o Lopo (2010) no podemos obviar que el hecho de admitir la existencia de SAP como prueba en un proceso judicial supone invertir la carga de la prueba, lo que entra en contradicción con un principio básico del ordenamiento constitucional, la presunción de inocencia (artículo 24.2.). Cuando la madre es diagnosticada como causante de un SAP, como presunta alienadora debe demostrar su inocencia. Así lo afirma Gardner cuando señala que la negación del SAP es la defensa primaria del alienador (Escudero, Aguilar et al., 2008). Además, se vulneran otros derechos fundamentales de estas madres y de la infancia, recogidos en nuestra Constitución, como son los de igualdad (artículo 14), y el derecho a obtener una tutela judicial efectiva (artículo 24.1).

5.2.3. IDEOLOGÍA SUBYACENTE

Como queda reflejado en los apartados anteriores, el SAP es impensable tanto desde una perspectiva médica, psiquiátrica y psicológica; como desde el punto de vista jurídico. Sin embargo, lo más grave y peligroso de esta teoría pseudo-científica es la ideología que subyace tras la misma. Con la descripción y análisis de los

diferentes elementos de la teoría de Gardner que se realiza a lo largo del documento, se puede advertir que la ideología que sustenta el SAP es abiertamente pedófila y sexista, como lo era su creador.

EL “SAP “COMO PARTE DEL BACKLASH DEL ABUSO SEXUAL INFANTIL Y LA PEDAGOGÍA NEGRA

Se suele decir que hay que distinguir al autor de su obra. Sin embargo, en este caso es francamente complicado. Entre otras cosas, porque Gardner edifica los elementos de SAP refiriéndose siempre a sí mismo como única autoridad en la materia. Recordemos además que la mayor parte de su carrera se basó en la defensa del SAP a través de numerosos libros publicados por su propia editorial, “Creative Therapeutics”, y también interviniendo como experto en litigios contratado por uno de las partes (Escudero, Aguilar et al., 2008).

No es extraño que en varias publicaciones que pueden leerse sobre el asunto del SAP, se cuestione el pensamiento pro-pedófilo de su creador. Se pueden encontrar argumentos que estomagan, asociados a este pensamiento, a lo largo de toda su obra:

“Hay un poco de pedofilia en cada uno de nosotros”. Gardner, R.A. (1991). *Sex Abuse Hysteria: Salem Witch Trials Revisited* . Cresskill, NJ: Creative Therapeutics.

“La pedofilia puede mejorar la supervivencia de la especie humana al servir a "fines procreativos”. Gardner, R.A. (1992). *True and False Accusations of Child Sex Abuse* . Cresskill, NJ: Creative Therapeutics.

“El niño puede tener un deseo sexual fuerte cuando el abuso se interrumpe [...] estos niños deben ser animados a masturbarse.” Gardner, R.A.(1992). *True and False Accusations of Child Sex Abuse* . Cresskill, NJ: Creative Therapeutics.

En definitiva, Gardner consideraba que los encuentros sexuales entre niños y adultos no tienen por qué ser actos censurables, existen sociedades en las que son algo normal, y tachaba a su sociedad de “exageradamente punitiva y moralista” en este aspecto. Así, defendía que las denuncias falsas las realizan madres que exageran sobre el efecto negativo de las relaciones de los niños con el abusador. Niños que bajo su criterio se sienten halagados ante la investigación policial de abusos sexuales (Vaccaro y Barea, 2009).

Se puede afirmar que el SAP, y el pensamiento gardneriano en general, forman parte de lo que se conoce como “Backlash del Abuso Sexual Infantil”. El *backlash*, concepto extendido por autores como Susan Faludi, es definido como una reacción extrema o contramovimiento al progreso social, que avala mitos y estereotipos en relación con las mujeres y la infancia, el abuso y la violencia (Barea, 2009).

En el caso del abuso sexual infantil, el *backlash* surge en los años 80-90 en países como Estados Unidos, Gran Bretaña o Canadá; y posteriormente llega a España con conceptos como el SAP. Tiene lugar como reacción al proceso de visibilización del abuso sexual infantil, que hace que las denuncias involucren a hombres no solo de las clases menos privilegiadas, sino también de la clase media y alta, con poder económico, social y político. Las mismas ponían en evidencia su perversión, y en peligro la impunidad con la que venían actuando. Se impulsa gracias a grupos de padres que se consideraban “injustamente alejados de sus hijos” por causas judiciales. Lo que pretende es limitar la acción de las instituciones y profesionales que asisten y defienden a

la infancia víctima del abuso sexual, avanzando en sentido contrario a los progresos conseguidos gracias a la investigación y posterior visibilización de este fenómeno; y contribuyendo a que hombres abusivos queden libres de sanciones (Gallego, 2013).

Por otra parte, y siguiendo a Vaccaro y Barea (2009) el SAP también puede entenderse como una construcción producida y sustentada por la pedagogía negra. Este concepto, acuñado por la psicóloga Alice Miller, constituye el conjunto de los principales problemas que lleva implícita la educación, y que están justificados y permitidos desde el adultocentrismo, tanto por las instituciones, como por los padres y educadores. Algunas de sus creencias principales, y que desde mi punto de vista se encuentran directamente relacionadas con el pretendido síndrome son:

- Los adultos son “propietarios del niño”.
- Los adultos dicen (como dioses) qué es lo justo y lo injusto para un niño.
- A los padres siempre hay que respetarlos, merecen respeto a priori por ser padres.
- Se puede acabar con el odio mediante prohibiciones.

EL “SAP” COMO FORMA DE VIOLENCIA CONTRA LA MUJER

Hemos podido comprobar que el ideario del SAP encaja perfectamente en la esencia del patriarcado más ancestral, reforzado con savia nueva. Para empezar, parte de un grave sesgo de género, dado que en la mayor parte de los casos la alienadora es la madre. Además, afirmaba que posee propiedades naturales para alienar. Como ocurría con los pensamientos pedófilos, también se infiere cierta misoginia a lo largo de su obra, a través de frases como “El cielo no tiene ninguna rabia tal como el amor vuelto odio, ni el infierno una furia como una mujer despechada”. En otro de sus escritos se refiere a la mujer como “un recipiente de espermatozoides” (Vaccaro y Barea, 2009, p. 162-163).

Por otra parte, es clara la invisibilización de la violencia de género que pretende conseguir el SAP, como se refleja en el análisis de los criterios diagnósticos, los síntomas que propone Gardner para los menores con SAP, son también los propios de niños/as víctimas de esta lacra.

A la hora de evaluar a la mujer como progenitor alienante olvida por completo el contexto de la violencia de género. Los criterios que usa se corresponden con los de una mujer maltratada, que intenta proteger a sus hijos de malos tratos o abusos. Fundamentalmente, describen la reacción normal de la víctima como histérica, asociando la búsqueda de protección y justicia (derechos legales de la mujer) con una patología (Vaccaro y Barea, 2009). De hecho, uno de los síntomas del alienador es la “frecuencia de denuncias a la policía y los servicios de protección de menores”. Como advierten Escudero, Aguilar et al. (2008) considerar esto como un síntoma disuade a la víctima de buscar ayuda. Tampoco se tienen en cuenta las secuelas del maltrato en la mujer. De esta forma, si un examinador sin experiencia ni formación en violencia de género aplica las pautas de Gardner, es fácil que confunda el miedo y ansiedad de la mujer con el SAP.

Por su parte, el maltratador sabe que solicitando la custodia compartida o única de sus hijos puede acceder a una serie de beneficios, tales como: seguir maltratando psicológicamente a la mujer a través del procedimiento legal, controlar a la víctima a través del acceso a los menores, y evitar pagar pensión a los hijos (Vaccaro y Barea, 2009).

En suma, su imagen ante la sociedad cambia de un padre que no se interesaba por sus hijos, a uno amantísimo y correcto. Así, si la mujer manifiesta que el padre la maltrataba a ella o a los menores, bajo la teoría del SAP esto se interpretará como una denigración de la figura paterna, y una violación de sus derechos como padre, a la vez que un maltrato hacia los menores por situarlos en contra de su progenitor. De esta manera, El SAP emula las antiguas leyes patriarcales que consideraban legal la violencia del padre de familia con mujer e hijos/as (Barea, 2009).

El SAP parte del estereotipo de la madre malvada, manipuladora y vengativa, que está dispuesta a lo que sea con tal de separar a un padre de sus hijos. Desde este eje, se sustenta en una serie de neomitos en torno la violencia de género y la mujer (Escudero, González et al., 2010; Rubio, Monasterio, González y Buckley, 2018):

- Las denuncias falsas son una “epidemia”.
- Se confunden conflictos de pareja con violencia de género, la violencia no tiene género.
- La ley discrimina al hombre y lo demoniza.
- Los malos tratos no tienen nada que ver con los hijos e hijas. Un maltratador puede ser un buen padre.

Todos estos pensamientos se encuadran dentro de lo que el médico forense Miguel Lorente denomina posmachismo, cuyas nuevas estrategias de opresión masculina son las siguientes (Gallego, 2013):

- La primera consiste en el uso de argumentos pretendidamente científicos, entre los que se incluye el SAP, con el objetivo de continuar con el maltrato hacia la mujer una vez se ha producido la separación.
- La estrategia de la “neutralidad”, utilizada para disfrazar sus reclamos desde su posición de hombres. Para ello afirman que los hacen desde su posición de padres. Esta supuesta neutralidad es clara en el SAP cuando se dice que los alienadores también pueden ser hombres, intentan hacer ver que no es un tema de género.
- La siguiente es la del bien común, por la que se afirma que no actúan por su propio interés, sino por el de sus hijos y la sociedad en general.
- Por último, pretenden dar una imagen sintónica con la igualdad y reelaborar el discurso feminista, a fin de perpetuar su posición de poder. “Ellos han cambiado, pero todo continúa igual”. El posmachista adopta una posición afín a la igualdad, sin embargo, realiza críticas sobre argumentos puntuales que le permiten asegurar su posición tradicional de hombre.

En este sentido, Escudero, González et al. añaden que “se trata de una estrategia para en nombre de la igualdad evitar que ésta pase de la teoría a la práctica, en definitiva, para frenar el avance hacia una sociedad equivalente sin discriminación entre los sexos, ósea, la igualdad efectiva, la igualdad real” (2010, p.87).

6. CONCLUSIONES

El presente trabajo comenzaba con el cuestionamiento del “SAP” como teoría no comprobada científicamente y dibujando la hipótesis de su uso como forma de expresión de la resistencia a los avances feministas y los derechos de la infancia.

Tras el análisis de las fuentes consultadas, se confirma que el “Síndrome de Alienación Parental” no constituye ninguna entidad médica. Solo puede entenderse como un modelo teórico acerca de una disfunción familiar en un contexto legal. De esta forma, si su aplicación en los juzgados no derivase a menudo en consecuencias trágicas, hasta podría considerarse únicamente una broma de mal gusto.

Sin embargo, el SAP es sin duda una nueva forma de violencia contra la mujer. Parte de una serie de mitos y creencias de carácter patriarcal, que, con el apoyo de estructuras como el sistema judicial, puede hacer que mujeres maltratadas se vean obligadas a desprenderse de sus hijos/as para que su maltratador acceda a ellos/as. La mujer se ve atrapada en un largo y agotador proceso judicial en el que es acusada de comportamientos negligentes y malintencionados hacia sus hijos, mientras que el padre persigue el objetivo de prolongar su control sobre la vida de la madre y los niños, al tiempo que esconde su historial de violencia previa disfrazándola de denuncia falsa.

Además, se postula como una potente herramienta para silenciar los abusos sexuales y malos tratos hacia la infancia, con la que se concede al agresor inmunidad de sus actos y, por tanto, se le brinda la posibilidad de perpetuarlos.

Dado que la aplicación del SAP basa parte de sus argumentos en informes emitidos por equipos psicosociales (ya sean pertenecientes a Juzgados de Familia, Servicios Sociales, Puntos de Encuentro, Centros de Atención a la Infancia...) los profesionales, incluidos los trabajadores/as sociales, tenemos una gran responsabilidad a la hora de evaluar de forma adecuada las distintas situaciones familiares. Considero que es innegable que en numerosas familias se dan intentos de manipulación hacia los hijos/as por parte de uno o ambos progenitores. Sin embargo, reducir la diversidad de estas situaciones a una sola causa carece de sentido.

Frecuentemente, los profesionales se dejan engañar por padres que fingen su implicación y buenas intenciones con sus hijos, mientras situaciones de violencia de género se esconden bajo la denominación de conflictos interparentales o similares. Así, bajo el paraguas de la ideología patriarcal, se cuestiona el maltrato vivido por mujeres y niños-as. Es intolerable que se esté contribuyendo a la victimización secundaria de la mujer disminuyendo su credibilidad institucional y obviando por completo el contexto de la violencia de género en la evaluación de los casos de divorcio y/o separación.

Esto demuestra que urge una formación específica más amplia en materia de violencia de género, con el objetivo de rechazar cualquier teoría similar a la del “SAP” que invisibilice a las víctimas de esta violencia. El año pasado, el Consejo General del Trabajo Social (2020) ya advertía de la peligrosidad que entraña el uso de este constructo, prohibiendo su aplicación en los informes de valoración.

Nuestro sistema judicial arrastra una tradición que prioriza la presencia paterna en la vida del menor por encima de su seguridad e integridad física y moral. Reitero la necesidad de valorar el interés superior del menor, que pasa por ser escuchado, como se establece en Resoluciones como la del Parlamento Europeo del

28 de abril de 2016. Es inadmisibile que se esté otorgando custodias de menores a maltratadores, negando a los niños/as el derecho a vivir en un hogar en el que se sientan plenamente seguros y protegidos. No podemos olvidar que un maltratador nunca puede ser un buen padre. En ocasiones resulta necesario recordar que la Ley contra la Violencia de Género ya reconocía la posibilidad de suspender el régimen de visitas cuando se dan indicios o sospechas de maltrato. Basta con aplicar la ley cuando es necesario.

Resulta increíble que a fecha de 2021 se siga teniendo que debatir asuntos como el “SAP” y los falsos mitos que lo sustentan, que no son más que ideología pura que busca regresar a un modelo tradicional y conservador de la familia, en el que el hombre mantenga su autoridad dentro de la misma. Sus defensores manifiestan nostalgia por un pasado idealizado en el que la desigualdad estructural estaba normalizada.

Desde disciplinas como el Trabajo Social, garante de la justicia social y los derechos humanos, debemos alzar la voz en contra de estas ideas, que consolidan un grave retroceso en materia de igualdad de derechos para las mujeres y la infancia.

“Lamentablemente, la historia de la humanidad, pareciera que es una noria con referencia a la victimización de las y los más débiles” (Vaccaro y Barea, 2009, p. 212).

7. BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar Redorta, D. (21 y 23 de octubre de 2009). *La infancia víctima de la Violencia de Género*. III Congreso del Observatorio contra la Violencia Doméstica y de Género. La valoración del riesgo de las víctimas, Madrid.
- Bancroft, L. (2002). The batterer as a parent. *Synergy*, 6 (1), 6-8. Recuperado de <https://lundybancroft.com/articles/the-batterer-as-parent/>
- Barea, C. (2009). Backlash: resistencia a la igualdad. *Aequalitas: Revista jurídica de igualdad de oportunidades entre mujeres y hombres*, (25), 60-70.
- Boira, S., Carbajosa, P., & Marcuello, C. (2013). La violencia en la pareja desde tres perspectivas: Víctimas, agresores y profesionales. *Psychosocial Intervention*, 22(2), 125–133. <https://doi.org/10.5093/in2013a15>
- Bolaños, J.I. (2002). El síndrome de alienación parental. Descripción y abordajes psico-legales. *Psicopatología clínica, legal y forense*, 2 (3), 24-45. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2516701>
- Cagigas, A. (2000). El patriarcado, como origen de la violencia doméstica. *Monte Buciero*, (5), 307-318. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=206323>
- Calvo Oviedo, M. (2014). El péndulo oscila hacia ambos lados. *Revista Estudios*, 0(29), 489-506. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5466999>
- Castro Vásquez, MC. (2014). Raúl Lizana Zamudio (2012), A mí también me duele. Niños y niñas víctimas de la violencia de género en la pareja. *Región y sociedad*, 26 (ESPECIAL 4), 317-324.
- Cofrán, M; Valverde, E; y Merino, R. Fundación Fernando Pombo. (2015). Guía práctica para el asesoramiento legal a víctimas de violencia de género. Recuperado de https://violenciagenero.igualdad.gob.es/informacionUtil/recursos/Otros_Recursos/docs/Guia_Fund_Pombo.pdf
- Consejo General del Poder Judicial. Sección de Estudios Sociológicos. (2016). *Estudio sobre la aplicación de la Ley integral contra la violencia de género por las Audiencias Provinciales*. Recuperado de <https://www.poderjudicial.es/cgpi/es/Temas/Violencia-domestica-y-de-genero/Grupos-de-expertos/Estudio-sobre-la-aplicacion-de-la-Ley-integral-contra-la-violencia-de-genero-por-las-Audiencias-Provinciales--Marzo-2016->
- Consejo General del Trabajo Social. (2020). *Decálogo. Supuesto Síndrome de Alienación Parental*. Recuperado de [https://www.cgtrabajosocial.es/app/webroot/files/consejo/files/SAP%20\(27.01.2020\).pdf](https://www.cgtrabajosocial.es/app/webroot/files/consejo/files/SAP%20(27.01.2020).pdf)
- Czalbowski, S. (Coord.) (2015). *Detrás de la pared: Una mirada multidisciplinar acerca de los niños, niñas y adolescentes expuestos a la violencia de género*. Desclée De Brouwer.

- De la Peña, Palacios, E.M. (2007). Fórmulas para la Igualdad nº5: Violencia de Género. *Proyecto Equal Nemesis, Fundación Mujeres*.
- Escudero, A; Aguilar, L, y De la Cruz, J. (2008). *La construcción teórica del Síndrome de Alienación Parental de Gardner (SAP) como base para cambios judiciales de custodia de menores. Análisis sobre su soporte científico y riesgos de su aplicación*. Recuperado de <https://heterodoxia.files.wordpress.com/2009/08/sap-y-falacias.pdf>
- Escudero, A., Gonzalez, D., Méndez, R., Naredo, C., Pleguezuelos, E., Vaccaro, S., & Pérez Del Campo, A. M. (2010). Informe del grupo de trabajo de investigación sobre el llamado síndrome de alienación parental [Report of the task force investigation into the so-called parental alienation syndrome]. *Madrid: Ministerio de Sanidad, Política Social e Igualdad*.
- Escudero, A; Polo, C; López, M y Aguilar, L. (2005). La persuasión coercitiva, modelo explicativo del mantenimiento de las mujeres en una situación de violencia de género I: Las estrategias de la violencia. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 25 (95), 85-117. <https://doi.org/10.4321/s0211-57352005000300006>
- Espinar Ruiz, E., & Mateo Pérez, M. Á. (2007). Violencia de género: reflexiones conceptuales, derivaciones prácticas. *Papers. Revista de Sociología*, 86, 189. <https://doi.org/10.5565/rev/papers/v86n0.817>
- Expósito, F. (2011). Violencia de género. *Mente y cerebro*, 48 (1), 20-25. Recuperado de <https://www.investigacionyciencia.es/revistas/mente-y-cerebro/redes-sociales-527/violencia-de-gnero-8894>
- Fuentes, O. (2002). El ordenamiento jurídico español ante la violencia de género. *Alternativas: Cuadernos de trabajo social*, (10), 139-158. <https://doi.org/10.14198/altern2002.10.9>
- Fundación EDE. Servicio de Investigación Social. (2012). *Mujeres víctimas de violencia de género: vivencias y demandas*. Vitoria-Gasteiz: Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco.
- Gallego, H. (2013). Desenmascarando al “Síndrome de Alienación Parental”. *Red Uruguaya contra la Violencia Doméstica y Sexual*.
- Galtung, J. (1990). *Capítulo quinto La violencia: cultural, estructural y directa 1*. *Journal of Peace Research* (Vol. 27, pp. 291-305). Retrieved from <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5832797>
- Gardner, R., A. (1991). Legal and psychotherapeutic approaches to the three types of parental alienation syndrome families. When psychiatry and the law join forces. *Court Review*, 28 (1), 14-21. Recuperado de <http://www.fact.on.ca/Info/pas/gardnr01.htm>
- Gardner, R.,A. (2001). Parental Alienation Syndrome (PAS): Sixteen Years Later. *Academy Forum*, 2001, 45, 1, pp 1-5.

- Gardner, R., A. (1985). Recent Trends in Divorce and Custody Litigation. *Academy Forum*, 29 (2), 3-7. Recuperado de <https://www.semanticscholar.org/paper/Recent-Trends-in-Divorce-and-Custody-Litigation-by-Gardner/94e868c2d95ed03bae29f1d2fe10a1df6fe99d97>
- Gardner, R., A. (2002). *The Parental Alienation Syndrome: Past, present and Future*, (International Conference on the Parental Alienation Syndrome (PAS) in Frankfurt/Main Germany, October 18-19. Recuperado de <http://richardagardner.com/ar22>
- Gobierno de España. Ministerio de Igualdad. (2020). XI Informe Anual del Observatorio Estatal de Violencia sobre la Mujer 2017. Recuperado de https://violenciagenero.igualdad.gob.es/violenciaEnCifras/observatorio/informesAnuales/informes/XI_Informe2017_Capitulos.htm
- Hart, A. S. (2006). *Children Exposed to Domestic Violence: Whose 'Best Interests' in the Family Court?* (Doctoral dissertation). University of South Australia, Adelaide.
- Hoult, J. (2006). The evidentiary admissibility of parental alienation syndrome: Science, law, and policy. *Child. Legal Rts. J.*, 26, 1.
- Instituto Canario de Igualdad. Servicio de Coordinación del Sistema Integral contra la Violencia de Género. (2012). *Guía de Intervención con Menores Víctimas de Violencia de Género*. Recuperado de <https://www.bienestaryproteccioninfantil.es/fuentes1.asp?sec=35&subs=381&cod=3571&page>
- Lizana Zamudio, R. (2010). Niños y niñas que sufren violencia de género en la pareja. *Revista del Colegio de Psicólogos de Catalunya*. Recuperado de <http://www.raullizana.com/docs/art%C3%ADculo-heridas-de-la-violencia.pdf>
- Lopo, M. (2010). El síndrome de alienación parental: el sinsentido de una polémica. *Psicología clínica: anuario*, (5), 321-328.
- Magallón Portolés, C. (2005). Epistemología y violencia. Aproximación a una visión integral sobre la violencia hacia las mujeres. *Feminismo/s*, (6), 33-47. <https://doi.org/10.14198/fem.2005.6.03>
- Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos. (1993). *Declaración sobre la eliminación de la violencia contra la mujer*. Recuperado de <https://www.ohchr.org/sp/professionalinterest/pages/violenceagainstwomen.aspx>
- Organización Panamericana de la Salud, Oficina Regional para las Américas de la Organización Mundial de la Salud. (2002). *Informe mundial sobre la violencia y la salud: resumen*. Recuperado de https://www.who.int/violence_injury_prevention/violence/world_report/en/summary_es.pdf
- Ortiz, J. L. O. (2007). Síndrome de Alienación Parental, Actores Protagonistas. *Revista Internacional de Psicología*, 8(02), 1-19. <https://doi.org/10.33670/18181023.v8i02.47>

- Padilla Racero, D. (2017). *El falso Síndrome de Alienación Parental*. [Tesis Doctoral, Universidad de Málaga]. RIUMA – Repositorio Institucional de la Universidad de Málaga.
- Palos, R. D. (2019). Marco conceptual aplicable a la violencia de género. *Revista Aequitas: Estudios sobre historia, derecho e instituciones*, (13), 219-244. Recuperado de <https://revistaequitas.files.wordpress.com/2019/04/aequitas-13-2019.pdf>
- Paz Rodríguez, J.I. (2007). El llamado “Síndrome de alienación parental”. *Estudios de derecho judicial*, (139), 125-154.
- Pereda, N y Arch, M. (2009). Abuso sexual infantil y síndrome de alienación parental: criterios diferenciales. *Cuadernos de medicina forense*, 15 (58), 279-287. Recuperado de <https://scielo.isciii.es/pdf/cmfn58/original1.pdf>
- Pérez del Campo, AM. (16 y 17 de noviembre de 2011). *Las otras víctimas de la violencia de género*. IV Congreso sobre Violencia Doméstica y de Género, Madrid.
- Prieto del Pino, A.M. (2016). Diez años de derecho penal español contra la violencia de género: maltrato habitual y maltrato ocasional en la pareja. *Nuevo Foro Penal*, (86), 115-150. <https://doi.org/10.17230/nfp.12.86.3>
- Reyes Cano, P. Menores y Violencia de Género: de invisibles a visibles. (2015). *Anales de La Cátedra Francisco Suárez*, 49(0), 181–217. <https://doi.org/10.30827/acfs.v49i0.3282>
- Reyes Cano, P. (2018). *Menores y violencia de género: nuevos paradigmas*. [Tesis Doctoral, Universidad de Granada]. DIGIBUG: Repositorio Institucional de la Universidad de Granada.
- Rodríguez, A. (2003). Apuntes para una psicología de la violencia doméstica. *Cuadernos de trabajo social*, (16), 183-192. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=857745>
- Rubio, A. (2001). Violencia de género. En *La Educación de las Mujeres: Nuevas Perspectivas* (245-253), Sevilla, España: Universidad de Sevilla. Secretariado de Publicaciones. <https://idus.us.es/handle/11441/59003>
- Rubio, I; Monasterio, M; González, S; Buckley, V. (2018). *Pandora Mirabilia. Mitos de las violencias machistas*, Guía para la exposición. Ayuntamiento de Madrid.
- Sacristán Barrio, M. (2002). Programa punto de encuentro de aprome: una propuesta para facilitar las relaciones familiares después de la separación. *Psicopatología clínica, legal y forense*, 2(3), 125–135.
- Sanmartín, J. (2007). ¿Qué es violencia? Una aproximación al concepto y a la clasificación de la violencia. *Daimon: Revista Internacional de filosofía*, (42), 9-22. Recuperado de <https://revistas.um.es/daimon/article/view/95881/92151>

-Segato, R.L. (2003). *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Universidad Nacional de Quilmes Editorial. Prometeo.

-Segura, C., Gil, M. J., & Sepúlveda García De La Torre, M. Á. (2006). El síndrome de alienación parental: Una forma de maltrato infantil. *Cuadernos de Medicina Forense*, (43-44), 117-128. <https://doi.org/10.4321/s1135-76062006000100009>

-Sepúlveda, A. (2006). La Violencia de Género como causa de maltrato infantil. *Cuadernos de Medicina Forense*, 12 (43-44), 149-164. <https://doi.org/10.4321/s1135-76062006000100011>

-Serrano, F. (2010). Síndrome de Alienación Parental. *Revista La Toga, Colegio de Abogados de Sevilla*, (180), 62-70. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3966767>

-Sweet, P. (2019). The Sociology of Gaslighting. *American Sociological Review*, 84 (5), 851-875. <https://doi.org/10.1177/0003122419874843>

-Vaccaro, S., & Barea, C. (2009). *El pretendido síndrome de alienación parental: un instrumento que perpetúa el maltrato y la violencia*. Bilbao: Desclée de Brouwer.

-Vaccaro, S. (5 de noviembre de 2018). *La justicia como instrumento de la violencia vicaria: La ideología del pretendido "SAP" y la custodia compartida impuesta*. Nuevas Jornadas de VG. El patriarcado en la justicia, Santiago de Compostela.

-Vilalta, R., & Nodal, M. W. (2017). Sobre el mito del síndrome de alienación parental (SAP) y el DSM-5. *Papeles del psicólogo*, 38(3), 224-231. <https://doi.org/10.23923/pap.psicol2017.2843>

-Zurita Bayona, J. (2014). *Violencia contra la mujer: marco histórico evolutivo y predicción del nivel de riesgo*. [Tesis Doctoral, Universidad Autónoma de Madrid]. Repositorio Institucional – Universidad Autónoma de Madrid.

REFERENCIAS LEGALES:

-Constitución Española. *Boletín Oficial del Estado*, 29 de diciembre de 1978, núm. 311.

-Convención sobre los derechos del niño. (1991) (pp. 75-96). <https://doi.org/10.18356/51f8034c-es>

-Ley Orgánica 1/2004, de 28 de diciembre, de Medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género. *Boletín Oficial del Estado*, 313, de 29 de diciembre de 2004. Recuperado de <https://www.boe.es/buscar/act.php?id=BOE-A-2004-21760>

-Ley Orgánica 8/2015, de 22 de julio, de modificación del sistema de protección a la infancia y a la adolescencia. *Boletín Oficial del Estado*, 175, de 23 de julio de 2015. Recuperado de <https://www.boe.es/buscar/doc.php?id=BOE-A-2015-8222>

-Ley Orgánica 8/2021, de 4 de junio, de protección integral a la infancia y la adolescencia frente a la violencia. *Boletín Oficial del Estado*, 134, de 5 de junio de 2021. Recuperado de https://www.boe.es/diario_boe/txt.php?id=BOE-A-2021-9347

-Real Decreto de 24 de julio de 1889 por el que se publica el Código Civil. *Gaceta de Madrid*, 206, de 25 de julio de 1889. Recuperado de <https://www.boe.es/buscar/act.php?id=BOE-A-1889-4763&tn=1&p=20180804>

-Resolución del Parlamento Europeo, de 28 de abril de 2016, sobre la protección del interés superior del menor en toda la Unión sobre la base de las peticiones dirigidas al Parlamento Europeo. (2016/2575 (RSP)).